

CRISIS DE LOS PARTIDOS TRADICIONALES Y MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO EN EL URUGUAY

DR. LUIS COSTA BONINO

PREFACIO

El actual sistema político uruguayo, el que surgió de las elecciones de noviembre de 1984, ha sido, antes que nada, una reactivación del viejo sistema pre-73. La sociedad, durante el período autoritario, cambió en su composición, en sus atributos y hasta en su comportamiento político. Sin embargo, esa evolución no se vio reflejada en el sistema de partidos y prácticamente no alteró la composición de la clase política con respecto a la de los años previos al golpe militar. Las principales figuras de las nuevas generaciones de parlamentarios son herederos de dinastías políticas, sectores importantes de la sociedad se identifican con partidos que todavía no existen, algunos líderes y partidos del presente se afirman en creencias y comportamientos sociales y políticos que desaparecieron. El gobierno militar congeló durante más de una década la vida política del país y el “descongelamiento democrático” devolvió al país un sistema político arcaico y casi intacto.

El presente, y sobre todo el futuro político del país, están irremediabilmente ligados a nuestro pasado. El presente se relaciona de una manera lineal con un pasado de crisis. El futuro deberá construirse, sin duda, a partir de una lectura crítica de ese pasado. Descifrar, desentrañar nuestra historia reciente, parece ser el prerrequisito de la construcción sin traumas de nuestro sistema político futuro.

En este contexto, el presente trabajo quiere ser una contribución al debate sobre el papel que cumplieron los diversos partidos y movimientos sociales en los años previos a la irrupción del régimen militar. Más que mostrar evidencias, este análisis pretende desechar interpretaciones excesivamente simplistas. El estado actual del debate sobre las causas del golpe militar muestra una persistente tendencia a buscar chivos emisarios, de uno y otro origen. Estas visiones fragmentarias del problema (aún sin considerar los

aspectos éticos de tales evaluaciones), tienen como consecuencia el oscurecimiento de la verdad histórica y la esterilidad de la discusión.

Este trabajo alude a una parte de los actores políticos de los años previos al régimen militar. Los partidos tradicionales y el movimiento tupamaro. Trata de mostrar algunas de las numerosas relaciones e interdependencias entre diversos procesos y actores políticos en ese período.

La liberación de los antiguos militantes del MLN y, específicamente, las divergencias que inmediatamente se manifestaron en las percepciones de la realidad política uruguaya de parte de la “dirección histórica” y de miembros de las “direcciones de reemplazo”, da nuevos sustentos a algunas de las hipótesis formuladas en este trabajo.

Este análisis forma parte de una investigación en curso, mucho más amplia, que se lleva a cabo en el marco de la Fondation Nationale des Sciences Politiques de Francia y que trata de la crisis del sistema político uruguayo en las décadas previas al golpe militar.

La primera versión del presente trabajo fue escrita en francés y dirigida a un público extranjero, por lo que algunos de los pasajes serán totalmente obvios para lectores uruguayos. He considerado preferible, de todas maneras, conservar el texto original para preservar su estructura.

Me gustaría señalar aquí mi agradecimiento a la CIMADE de Francia por el apoyo financiero que me ha prestado para mis actuales investigaciones sobre el sistema político uruguayo.

Quisiera expresar también mi reconocimiento a mis grandes maestros y amigos: Guillermo O'Donnell, Serge Hurtig y Alain Rouquié, con la esperanza, tal vez excesiva, de que algún pasaje de este trabajo refleje algo de sus enseñanzas.

Luis Costa Bonino

Montevideo, abril de 1985

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se analizan las circunstancias del surgimiento y desarrollo de un movimiento revolucionario que fue fundado en los inicios de la década del 60, apareció públicamente en el último mes del año 1966 y fue desmantelado por las fuerzas armadas algunos meses antes de que éstas asumieran de facto el gobierno del Uruguay en el mes de junio de 1973.

El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) surgió en 1963 bajo la influencia de la revolución cubana. Se propuso la tarea, en ese entonces impensable, de impulsar en el Uruguay la lucha armada como método de conquistar el poder político.

La revolución cubana explica la voluntad revolucionaria y la elección del método. No explica toda la sucesión de fenómenos políticos que debieron producirse para que esa voluntad se materializara en una organización poderosa, que consiguió ser la protagonista principal en la vida política del país entre los años 1968 y 1972.

Trataremos entonces de mostrar el contexto político interno en el cual esta organización revolucionaria pudo afirmarse y crecer. Describiremos las generalidades del sistema político uruguayo y especialmente la crisis de los dos partidos políticos tradicionales, los pilares históricos del sistema.

El sistema político uruguayo estaba sustentado sobre bases extremadamente frágiles en la medida que su funcionamiento dependía del mantenimiento *in eternum* del *status-quo*. Se puede decir que el aspecto más característico del sistema político uruguayo era su total incapacidad de cambio. Este problema era tanto más grave en la medida en que estaba originado en factores de largo plazo. Estas insuficiencias profundas del sistema político salieron a la luz del día a partir de 1968 y todo el sistema pareció pronto a desmoronarse por su propio peso.

A cinco años de su fundación, el movimiento tupamaro (MLN) se encontraba en un país diferente del que existía en el momento de su nacimiento. Era un país que había perdido buena parte de sus libertades públicas, donde no se respetaban muchas garantías y derechos establecidos

en la Constitución y donde la violencia callejera se había instalado en el paisaje como testigo de los nuevos tiempos. La crisis se mostraba contada su crudeza en una desocupación que la creciente emigración no compensaba y amplios sectores sociales veían reducir en un ritmo alarmante su poder adquisitivo. Este escenario era la consecuencia última de un proceso de decadencia económica y política que se venía mostrando cada vez más nítidamente desde hacía algunos años. La crisis económica se había iniciado en la postguerra de Corea, en 1955. La crisis política parecía tener raíces más profundas.

En este contexto puede entenderse más fácilmente como una organización guerrillera que había vivido en estado virtualmente latente durante cinco años, experimentaba un vigoroso crecimiento en efectivos y capacidad operativa en un plazo relativamente breve.

En este trabajo suponemos que la crisis de los partidos tradicionales es el factor explicativo más relevante del desarrollo y características específicas del movimiento revolucionario uruguayo.

A partir de esta hipótesis, dividiremos nuestro trabajo en tres partes. En la primera parte estudiaremos la crisis de los partidos tradicionales y sus causas profundas. Los orígenes y las consecuencias más notorias de esta crisis. La segunda parte está dedicada al concepto de alienación política. Suponemos que las consecuencias de la crisis de los partidos tradicionales generaron un proceso de alienación política que, a su vez, se tradujo en apoyo al movimiento revolucionario. En la tercera parte estudiaremos las características principales del MLN, sus especificidades y la importancia de la crisis de los partidos tradicionales en estos trazos peculiares.

Los partidos tradicionales uruguayos son el partido Colorado y el partido Nacional o Blanco. El origen de ambos partidos se remonta al nacimiento mismo del Uruguay como país independiente. Posteriormente, en 1865, la guerra de la Triple Alianza colocó al General Flores y al partido Colorado en el poder. Este partido gobernó durante 93 años hasta que el inicio de la crisis económica puso al partido Nacional en el gobierno en 1958. El partido Colorado tuvo en José Batlle y Ordóñez su más ilustre figura. Responsable de un viraje político reformista a principios de siglo, fue el creador virtual del Uruguay moderno. El modelo batllista fue el único proyecto coherente y efectivo que poseyó el Uruguay en el presente siglo. Cuando este modelo se

agotó no se llegó a crear un modelo de reemplazo que funcionara aceptablemente.

La circunstancia de que el partido Colorado y el partido Blanco se confundían con el nacimiento de la nacionalidad, ha determinado rasgos muy definidos en la política uruguaya. Prácticamente en toda su historia, el Uruguay ha dividido su representación política entre estos dos partidos. La identificación partidaria es un rasgo de nacimiento. El voto no evalúa, mayoritariamente, una gestión política, sino que expresa una condición del votante. Este es un elemento de gran importancia si se considera que los partidos no contaban con el estímulo de un electorado que presionara sobre las dirigencias.

Para el análisis de la crisis de estos partidos, partiremos de la consideración del problema nacional. La ausencia de un sistema de normas que sirviera de fundamento a un verdadero estado – nación en una dimensión unificadora y universal, generó un país en dos partes, una blanca y otra colorada. Esta situación llegó a producir en ciertos períodos, una real división del territorio nacional que, en los hechos, poseía dos gobiernos paralelos. El desarrollo político posterior del Uruguay modificó este esquema; sin embargo, se continuó perpetuando un estilo político fragmentario y particularista. En este sentido debe verse el fenómeno de la “coparticipación”, que asumió diversas formas a través del tiempo y que en la última fase significó el reparto de los puestos públicos como fuente de patronazgo político.

La coparticipación era un elemento que impedía el cambio y que impulsaba las prácticas clientelísticas. Estas dos vertientes iban a influir poderosamente en la futura crisis política. La crisis de los partidos tradicionales produjo alienación política y movimientos antisistema. Uno de estos movimientos fue el MLN. El otro contrasistema, más tardío, fue el movimiento militar que asumió el gobierno a partir de 1973.

Nuestro objetivo es mostrar el contexto en que se desarrolló el movimiento revolucionario en Uruguay y las peculiaridades que lo diferenciaron de otros movimientos guerrilleros de América Latina. Aquí defendemos la idea que la crisis de los partidos tradicionales y el surgimiento y evolución del MLN son dos fenómenos estrechamente ligados. También sostenemos que el MLN, al ocupar los espacios políticos generados por los partidos tradicionales, se fue

adaptando y modelando a esa situación. Esta adaptación generó en el MLN una serie de características peculiares que son el motivo del presente trabajo.

Dado el alcance de este análisis no haremos un estudio sistemático de los partidos tradicionales ni del MLN. En este sentido, algunos protagonistas de primera magnitud serán mencionados al pasar o no serán mencionados. Tampoco hemos hecho una descripción de las estructuras de las organizaciones consideradas.

Hemos orientado nuestro trabajo a manera de un relevamiento analítico de las causas profundas y la dinámica de la crisis de los partidos tradicionales. Hemos seleccionado los hechos y factores que, a nuestro juicio, fueron decisivos en ese proceso.

Nuestro análisis ha sido centrado en la política interior. No nos hemos referido, prácticamente, a las condicionantes externas, salvo cuando estos fenómenos se manifestaban con un peso ineludible.

Nos hemos interesado particularmente en las actitudes de los individuos y en el comportamiento de las organizaciones. En este sentido hemos atribuido una importancia considerable a los valores sociales que parecen estar en la base de esos comportamientos.

Para el análisis de los partidos tradicionales hemos considerado el período de veinte años que va desde la postguerra de Corea hasta el golpe de estado de 1973. En lo que concierne al MLN tomamos el período íntegro de su vida como organización, es decir, los diez años que van desde su fundación en 1963 hasta 1973.

El sujeto que hemos elegido tiene la importancia de ser la clave política de las modificaciones radicales que sufrió el Uruguay en las últimas décadas. Que llevaron al “país modelo” en América Latina a un deterioro generalizado de su calidad política, económica y social.

La razón de haber elegido al MLN como objeto de este trabajo, y no otra fuerza de izquierda, radica en la importancia decisiva que tuvo la irrupción de este movimiento en el destino posterior de las instituciones políticas uruguayas. Por otra parte, su estilo pragmático hizo de este movimiento un fenómeno mucho más “nacional” y específico que cualquier otra organización política de la izquierda uruguaya. La izquierda “clásica” tuvo un origen y orientación mucho más externa e ideológica. En ese sentido, no presentaba

características que la diferenciaran mayormente de otros Partidos comunistas y Partidos socialistas de América Latina, salvo su reducida expresión numérica.

El problema nacional y el problema de la eficiencia serán los dos grandes temas que estarán en el nacimiento y en la decadencia de los Partidos tradicionales y del MLN, respectivamente. En las páginas que siguen intentamos reconocer los hilos conductores que relacionan estos dos elementos.

PRIMERA PARTE: CRISIS DE LOS PARTIDOS TRADICIONALES

I) LA HERENCIA DEL BATLLISMO

Resulta imposible hacer cualquier análisis de la vida política del Uruguay en el presente siglo sin referirse a la obra de José Batlle y Ordóñez. Creación de su tiempo para unos¹, creador de su tiempo para otros², el Batllismo modeló la vida política, social y económica uruguaya a tal punto, que es ya un lugar común responsabilizar a su persona de la mayoría de las venturas y las desgracias históricas del Uruguay.

El Batllismo fue una ideología compleja que generó un movimiento que desplazó la hegemonía social y política de los sectores agrarios tradicionales a la burguesía urbana y a la clase media, que tuteló los sectores trabajadores y los protegió por medio de una eficaz legislación laboral. Este movimiento desarrolló políticas de nacionalización y estatización de algunos sectores de la vida económica y protegió la industria naciente con sistemas arancelarios y exenciones impositivas. En lo político afirmó la continuidad del aparato institucional del Estado, defendió la multiplicidad de partidos y su efectivo funcionamiento, aseguró a todos los ciudadanos un vasto conjunto de derechos y garantías. En el plano educacional, difundió y universalizó la enseñanza escolar y media. Y promovió los valores sociales desde lo religioso y tradicional, a lo científico y “moderno”³.

La base material del “Estado de Bienestar” batllista eran las exportaciones de carne y lana en el cuadro de la división internacional del trabajo. Estos productos exportables, producidos a bajo costo en el Uruguay, dieron una prosperidad económica sorprendente al país en la primera mitad del

¹ Henry Finch, *Historia Económica del Uruguay Contemporáneo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1980, 280 p.

² Milton Vanger, *José Batlle y Ordóñez of Uruguay. The creator of his times, 1902 – 1907*, Cambridge, Harvard University Press, 1963, 320 p.

³ Carlos Real de Azúa, *El Impulso y su Freno, tres décadas de batllismo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964, 112 p.

siglo. Las condiciones liberales de otorgamiento de jubilaciones y pensiones, así como un extenso sistema de seguridad social, imponían una pesada carga al Tesoro, que lo soportó fácilmente en cuanto duró la prosperidad agropecuaria⁴.

La gran vulnerabilidad del esquema económico exportador, dependiente enteramente de las fluctuaciones del mercado mundial, y las condiciones de exigencia del “Estado de bienestar” batllista, explican más o menos fácilmente por qué después de la guerra de Corea, en la década del '50, con la caída abrupta de los precios internacionales de la carne y la lana, la crisis económica cayó pesadamente sobre el Uruguay.

Menos evidente resulta, sin embargo, entender por qué, después de agotarse el modelo económico tradicional, no surgió ningún otro proyecto alternativo que suplantara o actualizara el modelo batllista.

Esta notoria incapacidad de respuesta política que fue el rasgo característico de los partidos tradicionales a partir de 1950, parece tener raíces profundas que llegan hasta el origen del sistema político uruguayo moderno.

Algunos autores señalan que la ausencia en el Batllismo de una “ética social” coherente fue el embrión de buena parte de los problemas con que la sociedad uruguaya debió enfrentarse en décadas posteriores. Otros acentúan la importancia de problemas estructurales que el batllismo dejó sin resolver y que fueron la causa del fracaso último del modelo.

Para el análisis de la crisis de los partidos tradicionales - (digo partidos tradicionales y no únicamente partido Colorado porque el propio partido Nacional fue en muchos aspectos tributario de la concepción batllista, como veremos más adelante)-, podemos considerar una “herencia” batllista compuesta de tres elementos principales.

- a) La ausencia, dentro del Batllismo, de un conjunto de valores nacionales explícitos.
- b) Una orientación consumista y una visión hedonista de la vida.
- c) Preservación de las estructuras agrarias arcaicas.

⁴ Alain Rouquié, L'Uruguay de M. Pacheco Areco à M. Bordaberry, les élections de novembre 1971 et les débuts de la présidence Bordaberry, Paris, Documentation Française, 1973, 35 p.

Explicitando brevemente cada uno de esos puntos:

- a) Era explicable que un movimiento sostenido por vastos sectores medios de procedencia inmigratoria reciente y dotado de una ideología universalista e intelectual, solidarista y humanista al estilo radical-socialista europeo, haya tenido una doctrina lejana a cualquier “nacionalismo”. Sin embargo, es justo reconocer que su política económica tuvo una significación fuertemente nacionalizadora. “El Batllismo practicó el nacionalismo rechazando al mismo tiempo cualquier sistema ideológico que lo legitimara”.⁵

Esta inexplicitación del problema nacional contribuyó a mantener los lazos tradicionales de dependencia y a mantener la actitud subnacional tradicional en el plano interno. El problema nacional tiene una importancia decisiva en el desarrollo político de este siglo en Uruguay y lo trataremos específicamente más adelante.

- b) Batlle habló alguna vez del “viaje placentero por la vida”, esta imagen de evidente inspiración hedonista es la que dicta toda una normativa vital de derecho y de consumo que la acción política creyó necesario asegurar a todos los uruguayos. El Batllismo se caracterizó por impulsar “móviles sociales” sin una “ética social” coherente. La ausencia de esta ética social aparece frecuentemente como la fuente de la incapacidad posterior para hacer funcionar el régimen político-social en ciertos términos de eficiencia, desinterés y decoro.
- c) La preservación de las estructuras agrarias tradicionales fue una de las insuficiencias más señaladas del proyecto batllista. “El latifundio: en concentración, magnitudes y poder pesaba tanto al cerrarse el período batllista como cuando éste se inició”⁶.

⁵ Real de Azúa, op. cit., p. 42

⁶ Real de Azúa, op. cit., p. 51

Según Henry Finch⁷, Batlle quiso transformar gradualmente la estructura de tenencia de la tierra a través de políticas fiscales y salariales. Estos intentos tuvieron escasos resultados pues el rápido crecimiento de las importaciones y la tendencia a la conciliación política, evitaron un enfrentamiento con los intereses rurales. Además, en el corto plazo existía un argumento concluyente: la economía urbana (cuyos intereses Batlle representaba directamente), tenía margen para crecer sin entrar en conflicto con las arcaicas estructuras rurales.

La consideración de esta “herencia” supone una concepción estática del Batllismo, que fue de hecho la que sus seguidores casi unánimemente adoptaron. Considerando los hechos de una manera dinámica, podría haberse esperado que los herederos de Batlle y Ordóñez hubieran continuado sus reformas y reestructurado el sistema productivo para adaptarlo a los nuevos tiempos que corrían.

Sin embargo, el partido Colorado y después el partido Nacional en el gobierno, se alejaron de los programas de transformación económica de Batlle y se inclinaron “hacia el goce del consumo”⁸; elementos típicos del Batllismo como las empresas estatales, de gran eficiencia y rentabilidad en su época, fueron utilizadas posteriormente como un botín de padrinazgo político que destruyó totalmente su sentido económico y abrió camino a uno de los ejemplos más acabados de corrupción administrativa.

⁷ Finch, op. cit.

⁸ Milton Vanger, *El país Modelo, José Batlle y Ordóñez, 1907-1915*, Montevideo, Arca – Ediciones de la Banda Oriental, 1983, 403 p.

II) CONTEXTO ECONÓMICO Y SOCIAL

La situación económica y social a partir de mediados de la década del 50 fue de estancamiento y crisis.

El desarrollo del país se había basado en la demanda mundial de productos que el Uruguay estaba naturalmente capacitado para producir a bajos costos, principalmente carne y lana. La economía uruguaya dependía entonces de condiciones externas favorables (pero temporarias), tales como los altos precios de sus saldos exportables, acumulación de reservas en moneda extranjera, etc.

Este vulnerable modelo exportador fue modificado en el período 1945-1954 por un rápido e inestructurado crecimiento industrial, debido a la sustitución de importaciones. En este período el producto de la industria manufacturera tuvo un promedio de crecimiento anual del 6%⁹. El crecimiento industrial de este período estuvo apoyado por los altos valores de las exportaciones debidos a un aumento de precios provocado por la guerra de Corea.

En los años siguientes, al cerrarse el mercado norteamericano a las exportaciones laneras, se inició el derrumbe del sector primario. Mientras que la crisis de este sector se inició en 1955, el sector secundario continuó creciendo hasta 1957, aunque con lentitud a partir de 1954. El valor de la producción industrial declinó entonces hasta 1963 y su recuperación posterior fue lenta. Recién en el año 1970 lograron superarse los niveles de 1957.

La crisis económica que se desencadenó, como veíamos, en el año 1955, se manifiesta políticamente en 1958 con la caída del partido Colorado. La política económica de los colorados llegó finalmente a su término al implantarse la Reforma Monetaria y Cambiaria en diciembre de 1959.

El gobierno blanco, instalado en marzo de 1959, pareció haber sido tomado de sorpresa con el triunfo electoral y evidentemente no disponía de una doctrina económica coherente ni de un conjunto de medidas para enfrentar la situación. Acabó recurriendo al FMI como consecuencia de su necesidad de

⁹ Finch, op.cit., p. 36

ayuda externa en el plano del crédito, y por la necesidad de un programa coherente para el desarrollo económico del país, que el gobierno blanco parecía necesitar. La fórmula del FMI solucionó el problema inmediato de la balanza de pagos, favoreciendo además a los intereses rurales mayoritarios en el partido Nacional.

La victoria del partido blanco fue impulsada por la insatisfacción del sector rural respecto al sistema neo-batllista de contralor de cambios, tipos de cambios múltiples y subsidios otorgados a la industria y al consumo. “Era indudable que la industrialización acelerada (1945-1954), basada en los beneficios de los propietarios rurales, sólo podía mantenerse en épocas de auge económico o exportaciones considerables, pero cambiadas las circunstancias, era inevitable la protesta agraria”¹⁰.

La industrialización, además, dentro del esquema económico en que fue promovida, tuvo el efecto perverso de aumentar la dependencia externa a través de las importaciones de petróleo, bienes de capital, y materias primas. La industria necesitaba, por otra parte, un óptimo crecimiento del mercado interno. El estancamiento del sector primario produjo, por una parte, una limitación del mercado interno a través de la pérdida de poder adquisitivo y, por otra parte, obligó a reducir las importaciones. Lo que llevó a una caída desastrosa de la capacidad y producción industrial¹¹.

A partir de 1958, el estancamiento del sector primario, la enorme carga de empleados públicos y el generoso sistema de seguridad social, crearon un fortísimo impulso inflacionario. El desempleo adquirió proporciones masivas en la década del sesenta y se inició un fuerte procesos emigratorio. En el sector sindical, “culminando un largo proceso con fecha 1º de octubre de 1966 en el congreso de unificación sindical, se funda la Convención Nacional de Trabajadores (CNT)”¹².

Las elecciones de 1966 se disputaron casi exclusivamente en torno al tema de la reforma constitucional. La situación económica no se convirtió en un tema central de la campaña.

¹⁰ Carlos M. Rama, Uruguay en crisis, Montevideo, El siglo ilustrado, 1969, 144 p., p.20.

¹¹ Martin Weinstein, Uruguay: the politics of failure, London, Greenwood Press, 1975, 190 p.

¹² Rama, op.cit., p.20

El gobierno del nuevo presidente Gestido no intentó imponer, en un principio, un programa estabilizador. Prefirió orientarse hacia una política “desarrollista”. Su experiencia terminó en noviembre de 1967 con una devaluación del peso de 98 a 200 unidades por dólar.

Jorge Pacheco Areco decretó, en junio de 1968, una congelación de precios y salarios para detener la inflación que había alcanzado 180% en los últimos doce meses¹³.

A partir de entonces, el gobierno utilizará sin interrupción las “Medidas de Seguridad” para enfrentar las protestas sindicales. La clase política tradicional es reemplazada por un grupo de empresarios, banqueros y propietarios.

En 1971, para enfrentar de manera más eficaz al Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), el gobierno descarga sobre las FFAA la responsabilidad de la lucha antiguerrillera. A partir de entonces, los militares van a ocupar progresivamente los espacios políticos hasta su llegada al poder por el golpe de estado de junio de 1973.

III. PROBLEMA NACIONAL

La “coparticipación” y el “gobierno de partido”, han sido las fórmulas inevitables en la historia política uruguaya¹⁴. Desde acuerdos tales como el “pacto de la Cruz”, de 1897, que dividía de hecho el país en dos territorios con gobiernos paralelos, o el más reciente régimen del “3 y 2”, de reparto de cargos públicos entre los dos partidos tradicionales, la clase política uruguaya mostró una dificultad crónica en resolver eficazmente el problema nacional. El concepto contrario de “coparticipación”, es decir, el “gobierno de partido”, estuvo ilustrado en nuestro siglo por el período ocupado por las dos presidencias de José Batlle y Ordóñez. Sin embargo, este gobierno de partido estuvo lejos de ser un auténtico gobierno nacional.

¹³ Finch, op.cit.

¹⁴ Goran Lindahl, Uruguay`s new path, a study in politics during the first colegiado, 1919-33, Stockholm, Library and Institute of Ibero-American Studies, 1962, 369 p.

Para Carlos Real de Azúa¹⁵, “el Batllismo, con su prospecto bien intencionado pero parcial – sectario al fin – de los valores nacionales y de la historia uruguaya..., fue incapaz de darle a su conducta la amplitud cordial, abarcadora, generosa, que hiciera de su “política de partido” una “política nacional”.

En la historia uruguaya nunca existió el nacionalismo como ideología explícita de “lo que la nación es, fue y debe ser”, o como valor social que promoviese una “lealtad por los individuos ciudadanos y por los mandatos del estado”¹⁶.

El hecho de que un sistema normativo como el Pacto de la Cruz haya sido producido con el acuerdo de los partidos tradicionales uruguayos, muestra que, “más que una colectividad nacional, existía una colectividad en dos partes, las cuales eran los referentes psicológicos de sus adherentes, mucho más que la nacionalidad”¹⁷.

En adelante, la necesidad de la identificación con el partido para demostrar lealtad a la nación será una constante. Se invocará a los dos partidos como la patria.

Los partidos tradicionales serán las “patrias subjetivas” de los uruguayos¹⁸.

IV. COPARTICIPACIÓN

La coparticipación fue la fórmula política usada tradicionalmente para cubrir la ausencia de una política nacional. Dada una realidad de un fuerte bipartidismo y valores y actitudes particularistas y subnacionales (sectoriales), la coparticipación surgió de la necesidad de conciliar estas tendencias con las exigencias de los grupos políticos.

La coparticipación fue un mecanismo de contención de conflictos exitoso, pero por su propia naturaleza y principalmente por su significación simbólica y social, llevó al fracaso el proyecto político uruguayo¹⁹.

¹⁵ Real de Azúa, op.cit., p.50

¹⁶ Kalman Silvert, Expectant peoples. Nationalism and development, Random House, 1963, 490 p.

¹⁷ Aldo Solari, El desarrollo social del Uruguay en la postguerra, Montevideo, Alfa, 1967, 176 p., p. 138

¹⁸ Martínez Lamas, citado por Real de Azúa, op.cit., p.82

Esta coparticipación o sistema de compromiso asumió diferentes modalidades a través del tiempo. A fines del siglo XIX el compromiso asume la modalidad que Solari llamara de “base territorial”, en virtud de la cual los dos partidos dividían entre sí el territorio nacional, creando de hecho un doble sistema de gobierno, uno de los cuales tenía su sede en Montevideo y el otro en la estancia “El Cordobés”. Estas eran las condiciones del Pacto de la Cruz de 1897.

La desaparición del compromiso territorial como consecuencia de la guerra civil de 1904, abre un paréntesis de “gobierno de partido” hasta el fin de la segunda presidencia de Batlle y Ordóñez en 1916. A partir de entonces se volvieron a estructurar nuevas formas de compromiso. Las empresas estatales promovidas por Batlle iban a ser en el futuro el centro sobre el cual iban a girar las nuevas modalidades de coparticipación. Esta política de consenso “mutiló la posibilidad de hacer reformas audaces después de 1916”; “el Uruguay pagó un precio enorme de ahí en adelante al preferir el gobierno de consenso y al suspender el programa de transformaciones económicas de Batlle”²⁰.

La muerte de Batlle en 1929, con la consiguiente desagregación en las filas coloradas, y la crisis mundial, abrieron paso a dos golpes de estado con sus respectivas nuevas constituciones en 1933 y 1942. Estas respondieron a dos compromisos sectoriales entre el presidente Gabriel Terra (1933) y el dirigente blanco L. A. de Herrera y, posteriormente, Alfredo Baldomir (1942) con el nacionalismo independiente. Este último restableció, a través de un compromiso consagrado en una nueva reforma constitucional, la democracia formal.

A pesar del restablecimiento de la democracia formal, las experiencias de 1933 y 1942 hicieron crecer las instituciones políticas con un estilo “fragmentario y particularista”²¹.

Posteriormente, la reforma de 1952, que impuso el ejecutivo colegiado, institucionalizó el reparto político a través del régimen del “3 y 2”, por el cual los dos partidos tradicionales se distribuían los cargos públicos en esa proporción.

¹⁹ Weinstein, op.cit.

²⁰ Vanger, El país modelo, op.cit. p.395-396

²¹ Weinstein, op.cit

Las consecuencias más notables de la coparticipación entre los dos partidos tradicionales fueron, por una parte, una estabilidad política durable, y, por otra parte, una imposibilidad total de cambio.

El sistema de compromiso no fue utilizado como medio de lograr el desarrollo de la sociedad, sino que, por el contrario, ha sido puesto al servicio de la conservación de la situación existente. Ambos partidos “coparticipan del poder y no se puede afirmar en forma terminante que el partido del “dos” no tenga absolutamente ninguna responsabilidad en lo que ocurre y, más aún, en lo que deja de ocurrir”²²

Parece plausible suponer que la coparticipación ha sido un instrumento seguro para la conservación de cierto statu quo y particularmente, de las estructuras agrarias tradicionales. Por otra parte, las formas recientes de coparticipación, unidas a los tradicionales valores particularistas del Uruguay, alteraron el sentido de las empresas estatales al descubrir en ellas oportunidades enormes de padrinazgo político.

En las décadas de 1960 y 1970, esas empresas, muy ampliadas y cuyo número había aumentado después de la segunda guerra mundial, casi llegaron al virtual colapso, fracasaron en dar servicios, produjeron déficit enormes, y fueron símbolos de la incompetencia del Estado²³.

Resulta claro, sin embargo, que las empresas del estado, en las últimas décadas, no buscaban la eficiencia en sus servicios sino que trataban de absorber la mano de obra desocupada en los otros sectores. Cumplían así una función de mantenedoras de la paz social y la estabilidad política. Se les podría imputar, en todo caso, “que barrían abajo de la alfombra”, es decir, ocultaban el enorme desempleo producido por la falta de una reestructuración económica, que los partidos tradicionales no estaban dispuestos a llevar a cabo.

²² Nestor Campliglia, *Los grupos de presión y el proceso político*, Montevideo, Arca, 1969, 232 p., p. 209

²³ Vanger, *El país modelo*, op.cit. p. 398

V. CLIENTELISMO

Se ha dicho que el Uruguay es la “única oficina del mundo que ha alcanzado la categoría de república”²⁴. Esta caricatura tiene la cualidad, como muchas caricaturas, de parecerse enormemente al original. El desarrollo anormalmente grande del número y peso de las empresas del Estado uruguayo puede explicarse más o menos fácilmente, considerando las modalidades más recientes de coparticipación (reparto de puestos públicos entre los dos partidos tradicionales) y la consecuente utilización de estos recursos con fines de patronazgo político y clientelismo. Esta es una verdad bastante evidente. Sin embargo, parece existir una tendencia más profunda en la sociedad uruguaya, en los valores sociales de los uruguayos, que permitió transformar el país en un país de oficinistas. Estos valores parecen haber estimulado y engrosado la clientela de los políticos tradicionales y reforzado tres tendencias poderosas en la política uruguaya. La identificación partidaria, el particularismo y la incapacidad de los partidos de elaborar programas de gobierno.

Esta tendencia social se caracterizaría por una especie de aristocratismo que repugna de las tareas manuales y productivas y por una adhesión extremadamente fuerte a valores de seguridad.

Seymour M. Lipset considera que la fuente de este tipo de valores en América Latina proviene de las instituciones y las normas de las naciones ibéricas, donde las personas que procedían de España y Portugal ocupaban las posiciones dominantes y, en las colonias, “proclamaban ostentosamente su apartamiento del trabajo manual productivo o de todo tipo de vil empleo”. Por otra parte, el sistema educativo extendido en América Latina habría enseñado “a pensar como aristócratas del siglo pasado y a sentir desprecio por el trabajo manual y por quienes lo realizan”²⁵.

A este respecto y analizando específicamente la situación uruguaya, Roberto Ares Pons, en un ensayo de 1954, decía:

²⁴ Mario Benedetti, *El país de la cola de paja*, 8° ed., Montevideo, Arca, 1970, 196 p.

²⁵ Seymour Martin Lipset, A. E. Solari, *Elites y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Paidós 1967, 514 p., pp. 21 y 36

“Procedente de una familia pequeño-burguesa que ve como una degradación el desempeño de tareas manuales, que sólo con horror puede imaginar a su hijo vistiendo “overall”, o de una familia obrera con mentalidad pequeño-burguesa que, inducida por idénticos prejuicios, cifró en el mágico contacto con la letra impresa sus esperanzas de ascensión social, sometido a una enseñanza que lo alejó del contacto real con el mundo del trabajo productivo, ese joven no puede empuñar una herramienta”...”Gran parte de los jóvenes en la situación descrita siguen el camino de menor resistencia, engrosando la clientela de los políticos, en busca del refugio típico de los “proletarios de camisa planchada”: el empleo público²⁶.

Para Aldo Solari, los valores predominantes en la sociedad uruguaya son la seguridad y el prestigio. En lo que respecta a la adhesión al valor seguridad, Solari dice que “en todos los terrenos y a través de todas sus instituciones la sociedad uruguaya demuestra esa adhesión. Sin duda, todos los integrantes de todas las sociedades la buscan, pero no es fácil encontrar sociedades que lo hayan institucionalizado tan intensamente, si puede hablarse así, como la sociedad uruguaya”²⁷.

Los valores a los cuales hemos hecho referencia son el telón de fondo sobre el que el particularismo y la “coparticipación” van a dibujar los rasgos esenciales de la dinámica política clientelística de los partidos tradicionales, especialmente a partir de la década del 50.

El particularismo es un fenómeno muy importante en la sociedad uruguaya, claramente predominante sobre el universalismo²⁸. Este particularismo aparece de una manera muy evidente en el sistema de selección para los empleos del Estado; este sistema está basado en el parentesco, en la pertenencia al mismo partido político, en la amistad, etc. Todos criterios particularistas. Sin embargo, sería equivocado pensar que solamente en ese ámbito se utilizan estos criterios. En la esfera privada también los empresarios utilizan predominantemente la combinación particularismo-adscripción. En la gran mayoría de las empresas privadas los cargos de dirección están ocupados

²⁶ Roberto Ares Pons, *La intelligentsia uruguaya y otros ensayos*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1968, 87 p., pp. 21 y 36

²⁷ Aldo Solari, *Estudios sobre la sociedad uruguaya (I)*, Montevideo, Arca, 1964, 178 p., p. 264

²⁸ Solari, *op.cit.*, p.162

por la familia o los “hombres de confianza” del propietario. Difícilmente por los más capaces o eficientes.

Los criterios particularistas en la distribución de cargos públicos van a dar una peculiaridad a la conducta electoral de los uruguayos. Las clases que más van a demostrar fidelidad a los partidos tradicionales serán las menos favorecidas económicamente, mientras que las clases medias y altas mostrarán un grado mayor de autonomía política al poseer otros medios (no partidarios), de alcanzar los bienes ofrecidos por el estado, ya sea por vinculaciones familiares o de amistad.

La institución que va a sintetizar este conjunto de valores, actitudes y prácticas políticas, va a ser el “club político”. El club político es una institución que tiene por función “asegurar la participación de sus integrantes en algún aspecto de los beneficios que depara el poder estatal a cambio de entregar el voto al sector partidario al que está vinculado el club”²⁹. Los clubes políticos son las unidades de reclutamiento electoral de los partidos políticos tradicionales. El club va a realizar tareas de reclutamiento electoral pero va a estar dirigido específicamente a captar las capas más pobres de la sociedad. De esta manera, “los sectores sociales que no tenían ni poder económico, ni poder sindical, ni relaciones personales de clase o de socialización conjunta con los políticos, sólo disponían de un único elemento con poder de canje a cambio de servicios o de bienes que podía distribuir el estado: el voto y la adhesión política a quien les diera apoyo. El club político se constituyó en la agencia especializada de ese canje”³⁰.

Obviamente, los beneficios que los individuos recibían del estado a través de los clubes políticos, no eran exclusivamente, ni siquiera, mayoritariamente, puestos públicos. Generalmente consistían en gestiones ante la administración pública que, dada la tremenda complejidad de sus tramitaciones burocráticas, los individuos no estaban en condiciones de enfrentar sin ayuda. Podía ser la tramitación de un proceso jubilatorio – (en los últimos años se aprobaban únicamente los expedientes con el “visto bueno” político) - , o cualquier otro procedimiento burocrático. Este sistema hizo crecer la figura del “dirigente” de club. El dirigente era un individuo que realizaba las

²⁹ Germán Rama, *El club político*, Montevideo, Arca, 1971, 141 p., p.9

³⁰ Rama, G. op.cit., p. 12

gestiones ante las oficinas públicas para los inscriptos en su club o proponía personas para cubrir los cargos a repartir. Varios de estos dirigentes estaban asociados a un dirigente intermedio, más influyente, y así se formaban pirámides clientelísticas.

Las consecuencias políticas de este tipo de estructuras es bastante evidente si se tiene en cuenta que la suerte electoral de un candidato no dependía de sus propuestas políticas sino de su capacidad como gestor, o de su capacidad para concitar la adhesión del mayor número posible de gestores, los cuales no se ganaban con buenos programas sino con buenas ofertas materiales.

Esta generalización del clientelismo en la vida política uruguaya “despolitizaba” la acción partidaria en razón de la primacía de los problemas particulares sobre los de toda la comunidad. En un sentido más extenso llevó a que los partidos fueran incapaces, o desinteresados, en formular programas de gobierno.

El clientelismo y la crisis económica formaron, a partir de fines de la década del 50, un círculo vicioso.³¹ La crisis económica producida a partir del estancamiento de la producción, llevó al surgimiento de tensiones sociales por el descenso del salario, la desocupación y la inflación. Esta circunstancia hizo crecer la importancia de la intermediación política que respondía aumentando el número de empleos públicos sin hacer reformas estructurales, con lo que agravaba la crisis, etc. El viejo esquema batllista terminó siendo utilizado para mantener el status quo del sistema en medio del deterioro económico.

Las leyes electorales consagradas en la Constitución de 1952, contribuyeron decisivamente a hacer del clientelismo virtualmente la única forma de actividad política en los partidos tradicionales. La “ley de lemas” y el “doble voto simultáneo”, que efectuaba en un único acto las elecciones primarias de los partidos y las nacionales, promovieron la transformación de los partidos tradicionales en una federación de grupos políticos totalmente autónomos que sumaban sus votos en el acto electoral. Con este sistema, los partidos perdieron sus estructuras de democracia interna y las ideologías, o simplemente las ideas, pasaron a un segundo plano. De esta manera, los

³¹ Op. cit

partidos mayores se fueron vaciando de contenido ideológico a la vez que los líderes partidarios cobraban una importancia creciente³².

Esta técnica electoral hacía posible que una persona que lograra establecer un cierto número de clubes pudiera hacerse elegir diputado, ya fuera consiguiendo él mismo todos los votos necesarios o “por intermedio de “cooperativas electorales” formadas con otros candidatos colocados en condiciones similares”³³.

La transformación del político en un gestor, la división de los partidos en una multitud de pequeños grupos, la pérdida de la democracia interna y el predominio del personalismo, hicieron perder a los partidos tradicionales no sólo la capacidad de elaborar programas sino también la capacidad de articular cualquier tipo de respuesta política alternativa.

VI) CORRUPCIÓN

Es una opinión unánime considerar el consumismo como una de las peculiaridades más notorias de la sociedad uruguaya.

Según Walt Rostow, el Uruguay era un país que había pasado sin etapas del “take off” al “alto consumo de masas”³⁴. Aún sin ir tan lejos, es bastante claro que la sociedad uruguaya se orienta como consumidora hacia el estado y hacia el sistema político. Existe la tendencia a “esperarlo todo el estado” y a asumir de preferencia la actitud pasiva del consumidor, que la activa del participante. Muchos han culpado al Batllismo por ese gusto uruguayo por la “vida fácil” y el consumo.

Aldo Solari señala “la enorme importancia que adquiere el consumo y el prestigio derivado del consumo. Estar en una situación y reflejarlo a través de la capacidad para realizar ciertos consumos que se reputan como los más prestigiosos, realizar estos aunque no se esté en la situación, como modo de aparentarlo, aparece como lo fundamental. Todas las sociedades han

³² Campiglia, op.cit. p.208

³³ Op. cit. P. 199

³⁴ Citado por Real de Azúa, op.cit. p.106

conocido, en alguna medida, el fenómeno del “consumo conspicuo”, pero una propensión tan alta a consumir como se da entre nosotros casi entre todas las clases sociales, es un fenómeno particular”³⁵.

Es posible suponer que la combinación de tendencias tales como el consumismo, el clientelismo, la “omnipresencia del Estado” y la inmovible identificación partidaria, fueron elementos poderosos para promover la corrupción administrativa, que fue un rasgo característico de las últimas décadas en Uruguay, especialmente en los años sesenta.

Carlos Real de Azúa encuentra probable que “esta omnipresencia del poder público hubiera fomentado males por una acción a dos puntas, pues, si por un lado condujo a esperar todo del Estado – (o más concretamente del favor político o de la intermediación política) -, por otro pudo contribuir a robustecer esos reflejos, ya viejísimos, de origen español, que son los del insularismo, la desconfianza a la administración, la indiferencia moral a toda infracción que con ella se cometa”³⁶.

La corrupción no era, sin embargo, atributo exclusivo de los mejor colocados en la jerarquía partidaria. También las clases menos favorecidas tenían acceso por intermedio de vínculos clientelísticos a ciertas ventajas, que podían ir desde la utilización de vehículos oficiales para fines privados, hasta el contrabando tolerado por las autoridades en ciertas zonas de frontera. En este contexto puede comprenderse fácilmente que no hubieran reacciones importantes ante la promulgación de leyes tales como la “ley de autos baratos” (importaciones de automóviles sin impuestos ni otras cargas) para los legisladores, o un sistema privilegiado de jubilaciones para los miembros del ejecutivo, legislativo, y “entes autónomos”. Este tipo de privilegios autoconcedidos por los legisladores estaba, en realidad, muy lejos de provocar una respuesta electoral negativa hacia los partidos tradicionales. Las elecciones que se realizaron en el año 1962, dieron el 90% de los votos a los dos partidos mayoritarios.

A partir de entonces, la corrupción creció a niveles desconocidos hasta ese momento. En 1965 se produjo la quiebra del banco Transatlántico debido a maniobras de fraude; posteriormente, la acción de tupamaros en la

³⁵ Solari, op.cit. p.166

³⁶ Real de Azúa, op.cit. p.57

financiera “Monty” mostró la participación de gran número de figuras del gobierno en especulaciones ilegales. La corrupción y el fraude parecían ser epidémicos a todos los niveles del gobierno.

Si bien estos hechos no modificaban el comportamiento electoral de los uruguayos, era evidente que tenían un fuerte impacto sobre aquellos valores de moral social imprescindibles a todo régimen para mantenerse. Al decir de Real de Azúa, “un mundo en el que todas las convicciones, valores, vigencias que fundan instituciones, pautas de conducta, relaciones, se enflaquecen hasta desaparecer...el sinsentido, la indiferencia, la amenidad a todo ocupan su sitio”³⁷

En las elecciones de 1966, se buscó para candidato a presidente a una persona que no fuera un político profesional. La elección recayó en un militar, el General Oscar Gestido, cuyo principal argumento político era el de ser un hombre honrado, además de tener reputación de buen administrador. Por primera vez los uruguayos preferían un militar a un político profesional para ocupar la presidencia. Para Germán Rama, “esta búsqueda del “externo a la política”, era el reconocimiento de la degradación política que habían realizado los gestores electorales”³⁸

Tal vez la consecuencia social y política más profunda de la corrupción haya sido el desprestigio de la Ley.

El particularismo y la corrupción hicieron que las leyes fueran percibidas como normas particulares que eran indiferentemente aplicadas o ignoradas según a quien concernía.

Esta “devaluación” de la ley tuvo, a nuestro juicio, un papel de gran importancia, principalmente en la conducta de los movimientos políticos y la sociedad, en los hechos de febrero de 1973, donde nadie se preocupó de defender las instituciones ni la Constitución. Era preciso esperar a saber quien sería el nuevo “dueño” de la ley, para apoyarlo o combatirlo.

³⁷ Op. cit. P.100

³⁸ Rama G., op.cit. p. 15

VII) INEFICIENCIA

La ineficiencia fue el indicador más evidente de la crisis profunda de los partidos tradicionales. Esta ineficiencia se manifestó en la incapacidad de elaborar programas, de articular respuestas políticas efectivas, de proponer cambios o reformas. En veinte años de decadencia económica no se impulsó ningún proyecto alternativo para intentar salir del estancamiento. Únicamente se efectuaron ajustes coyunturales que fueron, además, producto de los técnicos del Fondo Monetario Internacional más que de los partidos en el gobierno. Esta extraordinaria rigidez e incapacidad de respuesta fue, en buena parte, producida por la desintegración partidaria que mencionábamos en las páginas anteriores. Partidos que estaban estructurados en “pirámides” clientelísticas, donde el poder relativo de cada individuo en el partido estaba determinado por la cantidad de “aparato” que controlaba y no por su capacidad de propuesta ideológica, y donde las estructuras de democracia interna habían desaparecido; eran partidos destinados a “fossilizarse” y a perder totalmente la capacidad de ajuste ante las nuevas circunstancias de la crisis.

Sin embargo, existen otras causas concurrentes que explican la parálisis de los partidos tradicionales. Entre ellas las más importantes parecen ser: el fenómeno de la pérdida de los intelectuales, la pérdida creciente de la juventud entre sus filas, la adhesión incondicional a los valores de seguridad que llevaba a recorrer siempre los caminos ya transitados, y un acentuado dogmatismo en las filas batllistas.

En el Uruguay se ha verificado, históricamente, una disociación entre los valores y las prácticas de los partidos tradicionales y los valores y prácticas de las élites culturales. Los partidos tradicionales han desarrollado un estilo particularista, clientelístico, apoyado en las necesidades económicas y ocupacionales de la población. Las élites intelectuales mostraron siempre la tendencia a lealtades de tipo ideológico o doctrinario. Esta característica sumada a otros factores históricos, tales como el aristocratismo y el hipercriticismo promovido por el sistema educativo, así como la tendencia

profunda a mirar más hacia Europa que hacia su propio país, produjo un aislamiento político evidente de los intelectuales.

No se llegó a producir, especialmente a partir de los años 30, una forma de participación comprometida de estos en la orientación técnica o política de la nueva sociedad. El resultado de la persistencia de la disociación de valores entre el aparato político-partidario y la élite cultural produce – con raras excepciones – “partidos sin intelligentsia y una intelligentsia sin partidos”³⁹. La consecuencia evidente de este fenómeno es que las nuevas propuestas no tienen votos y “donde están los votos” no hay propuestas nuevas.

Las excepciones en el presente siglo fueron el período batllista, principalmente entre los años 1910-1920 (se puede decir que la “generación del 900” literaria fue batllista) y en los primeros años de la década del 50, donde el movimiento “ruralista”, dirigido por Benito Nardote, atrajo cierto número de intelectuales que se nuclearon en el “Centro de Estudios Económicos Artigas”. Este grupo se enfrentó tempranamente con las orientaciones ideológicas de su líder y se desligó de la “Liga Federal”. En los años 60, por otra parte, fue creada la CIDE, Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico, que trabajó durante algunos años a pedido del gobierno. Esta comisión efectuó un diagnóstico y posteriormente elaboró un plan de desarrollo económico que incluía una serie de reformas estructurales. Los partidos políticos ignoraron totalmente las propuestas de este plan económico, que estaba en contra de los intereses de las burocracias que constituían su clientela, y del sector privado, especialmente el sector terrateniente y el sistema comercial y financiero⁴⁰.

La separación existente a partir de los valores ideológicos de la intelligentsia y los valores particularistas del sector político permite la subsistencia de una dualidad: el intelectual vive una suerte de enajenación que consiste en “analizar la fenomenología nacional con un aparato conceptual surgido de los libros y las “ideologías”, sin comprometerse con el menester político; mientras que los partidos siguen siendo meros redistribuidores de beneficios sociales, que no alcanzan a articular una visión de la realidad ni un programa, y que no

³⁹ Ulises Graceras, *Los intelectuales y la política en el Uruguay*, Montevideo, El País, 1970, 150 p.

⁴⁰ Finch, *op.cit.* p. 47

se benefician del concurso renovador que tradicionalmente es visto como la función social del intelectual”⁴¹.

Otro aspecto importante que colaboró a la parálisis ideológica de los partidos tradicionales fue una actitud generalizada de “pereza mental”, probablemente ligada a los valores predominantes de seguridad en la sociedad uruguaya. La adhesión a la seguridad “se convierte fácilmente en la adhesión a lo transitado, a lo conocido, a lo rutinario”⁴². Hasta la década del 50 el país marchaba bien y todo parecía indicar que la salida normal y correcta para todos los problemas “era reiterar las soluciones de las generaciones precedentes”. El repetido éxito del sistema impedía la experimentación y hasta la innovación. Se tendía espontáneamente a “repetir el mismo clisé, y se impedía utilizar gentes nuevas o meramente muy jóvenes”⁴³. Los partidos tradicionales fueron perdiendo de esta manera, además del concurso de los intelectuales, el apoyo y la participación de las generaciones más jóvenes.

En un nivel más profundo, se podía apreciar un agotamiento del programa del partido Colorado. Después de la muerte de Batlle, ocurrida en 1929, sus grandes ideas se habían convertido en dogmas, cuando no se habían desvirtuado u olvidado. Sus continuadores defendían celosamente las ideas batllistas, “pero eran incapaces de ampliarlas, renovarlas, enriquecerlas o siquiera ajustarlas a los nuevos tiempos”⁴⁴.

La dificultad del sistema político para ubicar los problemas y proponer soluciones alternativas quedó evidenciada en las elecciones de 1966, que se disputaron en torno al tema de la reforma constitucional. La situación económica no se convirtió en un tema central de la campaña.

La ineficiencia de los partidos tradicionales fue una constante en los veinte años que van desde el inicio de la crisis hasta el fin de la democracia política en 1973. En este trabajo proponemos que esa ineficiencia marcó profundamente y modeló las conductas de los dos movimientos antisistema en ese período. El movimiento tupamaro y los militares. De la misma manera suponemos que la búsqueda de eficiencia estimuló a la sociedad a comprometer su apoyo a uno de estos dos movimientos contrarios.

⁴¹ Graceras, op.cit.

⁴² Solari, op.cit., p.165

⁴³ Rama, C.M. op.cit., pp. 63 y 85

⁴⁴ Op. Cit. P.63

SEGUNDA PARTE: ALIENACIÓN POLÍTICA

Por alienación política se entiende el fenómeno de la orientación negativa de los individuos con respecto al sistema político. Esta orientación puede expresarse como una renuncia a tomar parte activa en el proceso político o bien como una adhesión a un contrasistema.

Georges Lavau⁴⁵ distingue cuatro dimensiones de la alienación política. Dos dimensiones pasivas y dos activas.

A saber:

1) Inferioridad]
2) Externalidad] Pasivas

3) Aversión]
4) Subversión] Activas

- 1) Inferioridad. Esta dimensión de la alineación política se caracteriza por el sentimiento de incapacidad del individuo de ejercer influencia sobre el sistema. Puede estar originado en un sentimiento de incompetencia personal o de insignificancia de sí mismo en el sistema. Esta dimensión está asociada con un sentimiento muy marcado de fatalidad y pesimismo. Este tipo de alienación política está relacionado principalmente a la situación socioeconómica de los individuos. Es una alienación de “origen”, del lumpen, de los mal – socializados, etc.
- 2) Externalidad. La dimensión de externalidad define el sentimiento de los individuos de estar al margen del sistema. El sentimiento de singularidad, de estar aparte, de no pertenecer al sistema.

⁴⁵ Georges Lavau, *Radicalisme politique et aliénation politique*, Paris, FNSP, Centre d'étude de la vie politique française, 1973, 32 p. Multigr.

- 3) Aversión. Esta dimensión alude a los sentimientos de desilusión, disgusto y desconfianza por parte de los individuos hacia el sistema político y el personal político.
- 4) Subversión. Esta dimensión es una consecuencia o complemento de las otras tres dimensiones. Como subversión se entiende una orientación positiva a un contrasistema.

Como causas de la alienación política citaremos tres principales⁴⁶:

- a) Percepción de amenaza de conflicto de valores (con el sistema).
- b) Percepción de ineficacia personal en términos políticos.
- c) Percepción de ineficacia del sistema.

La causa b) está en el origen de las dimensiones de inferioridad y externalidad. La causa c) es la fuente de la dimensión aversión y la a) es la fuente principal de la dimensión subversión de la alienación política.

En este trabajo proponemos la hipótesis de que la percepción de la ineficacia del sistema c) y la percepción de amenaza de conflicto de valores a) entre el individuo y el sistema político fueron las causas principales del movimiento antisistema del período 66-73. Como movimientos antisistema definimos los movimientos políticos “alienados” según las dimensiones de aversión y subversión. Esto no quiere decir, nosotros proponemos lo contrario, que las dimensiones de inferioridad y externalidad no hayan desempeñado un importantísimo papel antisistema. Tomamos las dimensiones de aversión y subversión como las actitudes políticas susceptibles de ser canalizadas en un apoyo activo a un contra-sistema.

Haciendo un breve relevamiento de algunos de los factores históricos que condicionaron el proceso de alienación política en Uruguay, podemos anotar:

En principio, los efectos de la crisis económica. Habíamos visto que la dimensión inferioridad de la alienación política estaba relacionada

⁴⁶ David Schwartz, Political alienation and political behavior, Chicago, Aldine, 1973, 286 pp. 139-140.

estrechamente con la situación socioeconómica de los individuos. La decadencia económica con sus consecuencias de desocupación y marginalidad “producía” por sí misma elementos de alienación. Es muy significativa la función del clientelismo, y específicamente la institución del “club político” cumplió como compensador de la “inferioridad”. El club político atenuaba los efectos más visibles de la crisis económica y de la ineficiencia de la burocracia estatal (el otro gran factor de “inferioridad”); por otro lado trataba de salvar el único elemento de participación estimado por los partidos tradicionales, el voto.

En otro orden, la rigidez y el envejecimiento de los partidos tradicionales y la incapacidad de incorporar elementos jóvenes a sus filas, dejó a las nuevas generaciones en una situación de externalidad. La juventud percibía al sistema político como hecho por y para otros, y del cual quedaba explícitamente al margen.

La aversión se nutrió principalmente de la generalizada corrupción administrativa. Por otra parte la desilusión, como sentimiento mayoritario, fue reconocible a partir del año 1967 cuando quedó en evidencia que la reforma constitucional no había rendido los frutos esperados. La desilusión volvió en 1971 cuando un presidente, ley electoral mediante, fue electo con el 22% de los votos de la ciudadanía.

Nuestra propuesta, en este trabajo, es que la crisis de los partidos tradicionales y fundamentalmente sus manifestaciones evidentes de ineficiencia, corrupción y desaliento de la participación política en el sistema, generó un proceso profundo de alienación política que hizo crecer dos contra-sistemas alternativos: la izquierda revolucionaria y el proyecto militar.

Creemos que el tipo de alienación política causado y dibujado por la crisis de los partidos tradicionales formó, desde su origen, ciertas particularidades en el movimiento revolucionario uruguayo. Las características más notables de este movimiento se formaron como un retrato invertido de los rasgos impresos por la crisis de los partidos tradicionales. La crisis de valores y la ineficiencia produjeron un movimiento revolucionario restaurador de valores y obsesionado por la eficiencia.

Se debe señalar igualmente un fenómeno homólogo desde la derecha: la organización que se ubicaba políticamente a la derecha de los partidos

tradicionales y que podía ser un restaurador de valores y de eficacia, era el ejército.

En la dinámica propia a la alienación política, está el hecho de que la aceptación del mensaje de los movimientos contra-sistema, de parte de la sociedad, depende de que estos movimientos manejen las mismas variables que provocaron esta alienación. La adhesión a una organización revolucionaria o el apoyo a un proyecto militar va a producirse si existe la percepción de que alguna de estas organizaciones será capaz de modificar la relación de insatisfacción de la sociedad con respecto al sistema.

Las dos grandes novedades del período fueron, de hecho, la irrupción política de dos organizaciones militares que llegaban con ciertos valores como bandera y con una aureola eficientista, los tupamaros y el ejército.

El MLN y el “nuevo ejército” (politizado, participante), fueron los “hijos” no reconocidos de los partidos tradicionales que, a partir del año 1968, y especialmente desde 1971, desplazaron a los partidos del primer plano y los dejaron en situación de simples espectadores.

TERCERA PARTE: MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

I) MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL (TUPAMAROS)

En esta tercera parte nos detendremos en el estudio del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros). Nuestro propósito es tratar de explicar las evidentes particularidades que poseyó este movimiento y que lo diferenció claramente de los otros movimientos guerrilleros latinoamericanos. Intentaremos mostrar cómo la revolución cubana y el “guevarismo” de una parte y la crisis de los partidos tradicionales de otra, influyeron en el período histórico concreto en el cual vivió esta organización. Estas dos vertientes y las características socio-políticas también peculiares del Uruguay modelaron una organización guerrillera sui generis. Mi propósito en este trabajo es hacer un breve estudio analítico de este movimiento subrayando sus especificidades nacionales y mostrando de qué manera influyeron las características sociopolíticas clásicas de la sociedad uruguaya y la crisis de los partidos tradicionales en la formación de los rasgos más característicos del MLN. En consecuencia, ciertos aspectos que serían relevantes en un estudio descriptivo tales como la situación internacional, la influencia externa, el aspecto militar, la cronología de las acciones de la organización y los aspectos estructurales serán dejado en un segundo plano. Hemos tratado de poner en evidencia, a través del análisis de la documentación interna de la organización y utilizando ciertos indicadores de comportamiento político y social, una serie de actitudes y valores que le son peculiares y que son los rasgos sobre los cuales se va a construir la especificidad de este movimiento guerrillero.

En este sentido señalaremos especialmente la importancia de los intelectuales en la composición y prácticas de la organización, la construcción de un “contra-sistema de valores” opuesto a las características sociopolíticas clásicas del “Uruguay batllista” y los esfuerzos por aprovechar las consecuencias más notorias de la crisis de los partidos tradicionales para tratar de constituirse en una alternativa política.

Por último analizaremos los efectos perversos del eficientismo que fue, en una primera etapa, un elemento de gran importancia en el crecimiento y afianzamiento de la organización y que en el año 1972, a través de condicionamientos organizacionales jugó un papel decisivo en el desmantelamiento del MLN.

II) SÍNTESIS HISTÓRICA

Corrientemente se menciona el 31 de julio de 1963 como la fecha de origen del MLN. En ese día, un grupo de desconocidos sustrae del Club de Tiro Suizo (Nueva Helvecia, departamento de Colonia), alrededor de treinta armas de fuego, en su mayoría cedidas al club por la marina. Ese grupo estaba constituido por los fundadores del movimiento, en su mayoría ex – miembros del Partido Socialista. Entre ellos, el más conocido era Raúl Sendic, estudiante de Derecho y ex – dirigente socialista. Sendic había organizado en el año 1961 un sindicato de trabajadores de caña de azúcar que, con una plataforma y reivindicaciones laborales y un pedido de expropiación y redistribución de tierras, había marchado 800 kms. hasta Montevideo. Los pedidos no fueron atendidos por el gobierno y al año siguiente Sendic, algunos otros amigos y un grupo de campesinos, fundan el MLN.

En su origen, el MLN parece haber surgido como “brazo armado” del Partido Socialista; sin embargo no jugaría por mucho tiempo ese papel. El 25 de agosto de 1965, en un volante, la organización firmaba por primera vez con el nombre Tupamaros.

El nombre tupamaro proviene de Tupac Amaru, el jefe inca que a fines del siglo XVIII dirigió una sublevación contra el dominio español. Después de la derrota del movimiento y la ejecución de su jefe, los españoles llamaban peyorativamente “tupamaros” a todos los miembros de grupos rebeldes, particularmente los comprometidos en movimientos de independencia. En el Uruguay, por entonces Banda Oriental, los seguidores del líder José Artigas, también recibían el nombre de tupamaros. La elección de este nombre para la organización guerrillera uruguaya tuvo entonces una significación histórica y simbólica.

A pesar de haber sido fundada en 1963, solamente a fines de 1966, de manera accidental, la existencia de la organización toma estado público. El 22 de diciembre un particular reconoce en la calle una camioneta recientemente robada a uno de sus amigos. Avisa a la policía que sale en la búsqueda del vehículo; en la persecución se produce un enfrentamiento armado donde muere un joven de 23 años, llamado Carlos Flores, perteneciente al MLN⁴⁷.

En diciembre de 1967 el primer comunicado del movimiento revolucionario es publicado en las páginas del diario “Epoca”, lo que provoca la clausura de este medio así como la ilegalización de varios partidos de izquierda y algunas publicaciones periodísticas. Estas medidas fueron tomadas por el nuevo presidente Jorge Pacheco Areco que venía de asumir el cargo dejado vacante por el fallecimiento del presidente Oscar Gestido, en esa misma semana.

1968 fue el año de la emergencia pública de la organización. Desde entonces se fueron definiendo con más claridad las líneas estratégicas seguidas. En todo momento trataron de evitar una práctica sectaria y tuvieron relativamente buenas relaciones con todos los demás sectores de la izquierda legal. La geografía uruguaya determinó que se constituyeran esencialmente como guerrilla urbana. El 80% de la población uruguaya es urbana, de la cual el 50% vive en Montevideo, la ciudad capital.

Los años 1968 y 1969 fueron la etapa “Robin Hood” del MLN. Sus principales acciones se orientaron a la auto-propaganda a través de denuncias de corrupción política, de la sustracción de grandes cantidades de alimentos para repartir entre las poblaciones marginadas, y de exponer al ridículo a las fuerzas de represión y al gobierno. Todo esto se realizaba con gran despliegue de técnica y de astucia y prácticamente sin bajas de ninguna de las dos partes. Sin embargo, a partir del mes de octubre de 1969, subió abruptamente el nivel de violencia. Tres tupamaros fueron muertos en el “copamiento” de la ciudad de Pando, a 30 kms. de Montevideo. A partir de entonces, los métodos represivos se hicieron más violentos y la tortura comenzó a aplicarse con

⁴⁷ Alain Labrousse, Les Tupamaros, Paris, Ed. Du Senil, 1971, 206 p.

frecuencia a los detenidos. Como consecuencia, se realizaron varios atentados de parte del MLN contra algunos de los responsables de este tipo de represión.

La acción del movimiento tupamaro va a desarrollarse en un terreno extremadamente favorable a partir de 1968. La crisis económica va a producir un descontento creciente de los sectores populares que ven reducido su poder adquisitivo, el movimiento sindical se va quedando sin sus instancias de acción legal, reconocidas por la Constitución. Vastos sectores medios y profesionales se indignan por la restricción de las libertades públicas y el desconocimiento de la autonomía universitaria y, en fin, la “radicalización del movimiento estudiantil que, después de la muerte de tres de sus militantes, sienten los límites de las manifestaciones callejeras y aprecian la solidez y la eficacia del MLN”⁴⁸.

El 31 de julio de 1970 el MLN secuestró algunos funcionarios extranjeros con el propósito de canjearlos por sus compañeros detenidos. Este hecho culminó inesperadamente una semana después con la detención en pleno de la dirección del movimiento y la muerte de uno de los secuestrados, el instructor policial norteamericano Dan Mitrione.

La pérdida del “comité ejecutivo”, si bien no impidió la continuidad del funcionamiento de la organización, causó una profunda crisis de liderazgo. La dirección alternativa que había asumido sus funciones estaba compuesta por individuos desconocidos hasta entonces y que demostraron carecer de la prudencia política y experiencia de la dirección anterior. Eran individuos formados dentro de la estructura militar y clandestina de la organización y con una tendencia clara a privilegiar los objetivos militares y organizacionales a los políticos. La etapa “Robin Hood” fue quedando definitivamente atrás.

En el año 1971, el MLN mantuvo una posición defensiva debido al surgimiento del Frente Amplio, coalición política de izquierda que participaría de las elecciones a realizarse en noviembre de ese mismo año. El movimiento tupamaro difundió un mensaje de “apoyo crítico” al Frente Amplio y esperó en un clima de relativa calma el resultado de las elecciones.

Las acciones más relevantes en ese año fueron las fugas masivas de todos los militantes de la organización presos hasta entonces, hombres y mujeres, conseguidas a través de túneles hechos desde la red cloacal de la

⁴⁸ Alain Labrousse, Op. Cit. P.47

ciudad. De esa manera se había anulado, prácticamente, toda la acción represiva efectuada por la policía en varios años. La respuesta del gobierno fue encargar a las fuerzas armadas la responsabilidad de la lucha antiguerrillera. Esa trascendente decisión tuvo, sin embargo, poca repercusión en medio de la fervorosa campaña electoral.

Los resultados de las elecciones fueron favorables al candidato oficialista Juan María Bordaberry que, ley electoral mediante, llegó a la presidencia con 22% de los votos del electorado. El 1º de marzo de 1972 asumió el cargo en medio de un ambiente enrarecido por denuncias de fraude presentadas por el Partido Nacional. El Frente Amplio, por su parte, con menos del 20% de los votos emitidos, se sintió defraudado en sus expectativas electorales.

El año 1972 se inició, entonces, en medio de pronósticos sombríos. El nuevo gobierno era minoritario en el Parlamento y considerado por amplios sectores como ilegítimo. Al relativo crecimiento económico de los años 69 y 70, siguió un estancamiento en 1971 y una franca depresión en 1972. En ese contexto la dirección “nueva” del MLN concibió un plan de ofensiva generalizada y de enfrentamiento directo con las fuerzas armadas. El 14 de abril de 1972 el MLN realizó una serie de atentados sangrientos contra integrantes de una organización paramilitar autodenominada “Escuadrón de la muerte”. Estos atentados fueron respondidos por procedimientos igualmente cruentos de parte de las fuerzas armadas, con un saldo de varios muertos.

A partir de entonces, las fuerzas armadas iniciaron una ofensiva que, en pocos meses, consiguió desmantelar totalmente al MLN.

III) IDEOLOGÍA

La ideología del MLN nunca fue estructurada en un documento oficial único. Nunca existió un cuerpo doctrinario o estatutos organizativos inamovibles. El estilo tupamaro era principalmente pragmático. Sin embargo, es posible describir las líneas ideológicas principales del movimiento a través de la puesta en relieve de temas e ideas que son repetidas a menudo en textos y documentos.

El contenido ideológico fundamental del MLN podría describirse a través de los rasgos principales de la “visión del futuro” que tenía la organización. Los dos objetivos mayores dentro de la ideología tupamara eran la creación de una identidad nacional independiente para la sociedad uruguaya y la implementación del socialismo como sistema socioeconómico para la nación.

Nacionalismo y Socialismo eran entonces los dos pilares ideológicos del MLN. Por Nacionalismo se entendía un movimiento orientado a la independencia política y económica y hacia una identidad cultural nacional y regional. Como Socialismo debía entenderse una reestructuración social que suponía una expansión del intervencionismo económico del estado, planificación centralizada de la producción y una mayor igualdad en la distribución del ingreso.

El nacionalismo del MLN se definía “antioligárquico y antiimperialista”. En ese contexto ubicaba al Uruguay dentro de la “Patria Grande” latinoamericana. Para el MLN la lucha contra el poder de los EEUU sólo podía ser viable en un proceso de unidad latinoamericana. De ahí su estrategia de lucha continental y de solidaridad entre los movimientos revolucionarios de América Latina. En este sentido el MLN se ubicaba en la idea de “crear muchos Vietnam” según la fórmula de Ernesto Guevara. El nacionalismo era una condición previa para llegar al socialismo.

La lucha contra la oligarquía se encaminaba a desalojar del poder al sector económico y social que se suponía responsable de la dependencia económica y política del país.

La toma del poder político para implementar una revolución socialista con un contenido nacional era entonces el objetivo supremo. Sin embargo, las acciones específicas y los programas a ser implementados una vez en el poder, eran muy generales y vagos. Se hablaba que el Estado debía controlar los medios de producción y que debía existir una estructura central de planificación. La reforma agraria, que era uno de los objetivos históricos del MLN, figuraba en primer término en su plataforma política. Se expropiarían los latifundios, pero las pequeñas empresas y establecimientos privados podrían continuar funcionando.

Consecuentes con un nacionalismo riguroso proponían que las empresas y demás intereses extranjeros deberían ser expropiados sin indemnización.

El modelo del socialismo a construir no debía subordinarse, sin embargo, a padrones o modelos implementados en otros países socialistas. El modelo de socialismo uruguayo debía construirse a partir de las peculiaridades históricas y de desarrollo del Uruguay. Para el MLN, cada socialismo debía ser nacionalista y no debía adherir necesariamente a ningún bloque ideológico.

IV) LOS INTELECTUALES Y EL MLN

En la primera parte habíamos visto que los intelectuales uruguayos, en su casi totalidad, habían dejado de pertenecer a los partidos tradicionales a partir de mediados de siglo. En un ensayo escrito en 1953 sobre la “intelligentsia” uruguaya⁴⁹, se decía que para ellos “Blancos y Colorados no existían ni habían existido, ni siquiera como hecho a tener en cuenta, a estudiar, a superar”. Esta ausencia notoria de los intelectuales en los partidos tradicionales tenía, como lógica consecuencia, que la izquierda contaba con una altísima proporción de ellos entre sus filas. Más evidente resulta esta afirmación si se tiene en cuenta que todos los partidos de izquierda reunidos no habían logrado llegar al 10% de los votos antes del año 1971.

Esta fuerte participación de los intelectuales en los partidos y movimientos de izquierda modeló a estas agrupaciones políticas con buena parte de las virtudes y los defectos propios de la “intelligentsia”. El MLN no escapó a la regla, si bien desarrolló características particulares por las exigencias de su actividad clandestina.

El MLN puede considerarse heredero intelectual de la corriente nacida entre los años 43 y 44 en el ámbito estudiantil y que se denominó por entonces “tercera posición”. Durante la segunda guerra mundial, los centros estudiantiles agrupados en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, se pronunciaron en una línea antifascista contra la dirección anglosajona y rusa de la guerra. Para distinguirse de los fascistas y de los

⁴⁹ Ares Pons, op. cit., p.47

aliadófilos incondicionales, los componentes de esta nueva tendencia adoptaron el lema de “Tercera Posición”. Esta tendencia, que contaba en su época con la adhesión entusiasta de la mayoría de los estudiantes, tenía su “epicentro intelectual” en la federación de estudiantes y en el semanario “Marcha”. La composición social de esa corriente podía definirse como predominantemente “pequeño-burguesía ilustrada e idealista”⁵⁰. Desde el punto de vista de su composición política, esta corriente había recibido un fuerte impulso en sus comienzos de sectores de la extrema izquierda como el anarquismo y el trotskismo. Posteriormente incorporó afluentes de diversos orígenes, elementos de formación demócrata – liberal cuyas concepciones se habían radicalizado, y líneas de pensamiento de filiación católica. En esta tendencia se concentró el núcleo más numeroso de la “intelligentsia” uruguaya. Se puede decir que esta corriente estaba integrada por la mayoría de los sectores intelectuales no pertenecientes al partido comunista.

En 1959 la revolución cubana despertó el apoyo unánime de la intelligentsia. Por lo menos hasta que las ejecuciones llevadas a cabo por el gobierno revolucionario relativizaron dicho apoyo. En la década del 60 estos grupos de intelectuales se comprometieron en diversas fórmulas políticas con resultados electorales desastrosos. En el año 1962 el Partido Socialista pierde toda representación parlamentaria y se fracciona. En una de esas fracciones va a estar el origen del MLN.

El MLN y los intelectuales intercambiaron influencias en dos sentidos porque si por un lado parece claro que el MLN generó ciertas peculiaridades a imagen de los intelectuales que lo nutrían, por otro lado la práctica del MLN encontraba cierto eco más general y profundo en la fibra interna de los sectores medios ilustrados. En 1953 decía Ares Pons: “Aún en las épocas más violentas..., nunca se le tributó especial homenaje a la fuerza en sus manifestaciones elementales. Se prefirió el talento, la destreza y, en una degradada forma urbana y suburbana, la “viveza”. “Para deslumbrar al criollo se requiere cierta gallardía estética”⁵¹.

⁵⁰ Ares Pons, op. cit., p.61

⁵¹ Ares Pons, op.cit., p.34

Una de las características más salientes el MLN en su primera etapa fue justamente la alta calidad técnica de sus acciones y sus toques de sutileza o incluso humor.

Sus acciones estaban caracterizadas por “una perfecta planificación y ejecución y tal vez más importante, por elegancia”⁵².

No es difícil reconocer en este refinamiento los trazos de una intelectualidad aristocrática que siempre se sentía más cómoda exhibiendo su ingenio y su destreza que su fuerza. De hecho, la dirección “antigua” del MLN estaba compuesta por estudiantes de leyes, artistas plásticos e ingenieros.

Se ha dicho que “Sendic y los suyos han tenido la innegable virtud de tener siempre presentes el carácter y la sensibilidad de sus compatriotas. El sentido del ridículo, que impone casi un estilo de vida en la vida uruguaya, ha sido hábilmente usufructuado en perjuicio del gobierno. Hay ocasiones en que el MLN ha corrido sus buenos riesgos nada más que para extraer el máximo efecto de esa tendencia nacional”⁵³.

Se puede decir que las tendencias particulares de la intelectualidad uruguaya dieron al MLN en sus orígenes, ciertos rasgos atípicos entre los movimientos guerrilleros latinoamericanos. Aparte del aristocratismo de su práctica y su consecuente “finesse”, ironía y despliegue de técnica y astucia, los sectores intelectuales pasaron al MLN dos novedades históricas, que no existían antes o estaban inhibidas en el Uruguay. Los valores religiosos y la conciencia latinoamericana.

En 1953, casi seis años antes de la revolución cubana, se decía sobre los intelectuales uruguayos: “La “intelligentsia” ha virado en un sentido de franca orientación espiritualista. Dentro e esa corriente, poco concretada aún en forma orgánica, los valores religiosos, remozados, ocupan un lugar de consideración. Y entre nosotros empieza a preocupar el destino de esa unidad olvidada desde los días de Rodó y de Martí, la América Hispánica o Latina. Empieza a sentirse que el destino de nuestra historia, de nuestra cultura, está

⁵² James Kohl, John Litt, *Urban guerrilla warfare in Latin America*, Cambridge, the MIT Press, 1974, 425 p., p. 173

⁵³ Omar Costa, *Los Tupamaros*, 1971, citado por Michèle Flouret, *La guerrilla en Hispanoamérica*, Paris, Masson, 1976, 119 p., p.67

inseparablemente ligado al continente ignoto que se halla a nuestras espaldas”⁵⁴.

La apertura hacia los valores religiosos y la conciencia latinoamericana van a combinarse posteriormente con las influencias de la revolución cubana y van a estimular un nacionalismo latinoamericanista y una ubicación en una estrategia continental antinorteamericana. Posteriormente el “guevarismo” va a impulsar los valores religiosos en una mística revolucionaria que buscará la creación de un “hombre nuevo” para una nueva sociedad.

V) SISTEMA Y CONTRASISTEMA DE VALORES. “URUGUAY BATLLISTA” VS. TUPAMAROS

En la primera parte habíamos analizado las tendencias sociopolíticas clásicas de los uruguayos y la fuerte influencia del Batllismo en la definición de estos rasgos. Dijimos que el Batllismo era un movimiento que, entre otros sesgos, se caracterizaba por un débil nacionalismo (principalmente en el ámbito ideológico y simbólico), una fuerte antirreligiosidad (más que simple anticlericalismo), y que había promovido en la sociedad uruguaya una actitud marcadamente hedonista y fomentado una orientación de consumo. Por otra parte, habíamos señalado que la adhesión a valores de seguridad y el particularismo eran elementos profundamente arraigados en el seno de la sociedad, a todos los niveles.

En este contexto, el MLN se constituyó en la propuesta más definida de adhesión a un contrasistema. No propuso meramente un contrasistema político sino que estructuró a través de su doctrina y principalmente a través de su práctica, un contrasistema de valores casi perfectamente inverso al del “Uruguay batllista”.

En la figura N^o1 enumeramos una serie de las características sociopolíticas más relevantes del Uruguay clásico o “Uruguay batllista” y los correspondientes contravalores que caracterizaron al MLN.

⁵⁴ Ares Pons, op.cit., p.57

No insistiremos en justificar las características sociopolíticas clásicas de la sociedad uruguaya que fueron tratadas en la primera parte. Nos extenderemos, en cambio, en el análisis de los “contravalores” del MLN.

FIGURA N° 1

Características sociopolíticas del MLN clásicas del Uruguay	Características
Débil nacionalismo	Fuerte nacionalismo
Antirreligiosidad	Actitud religiosa
Hedonismo	Anti-hedonismo
Consumismo	Ascetismo – austeridad
Adhesión a valores de seguridad	Actitud “heroica”
Particularismo (patria para	Universalismo
	todos)

Nacionalismo

El nacionalismo era una de las bases de la ideología tupamara. Uno de los dos objetivos últimos ideológicos del MLN era la “creación de una identidad nacional, independiente para la sociedad uruguaya”⁵⁵. En el MLN la

⁵⁵ Arturo Porzecanski, Uruguay’s tupamaros the urban guerrilla, N.Y., Praeger publishers, 1973, 80 p., p.6

contradicción “imperialismo – nación” había sustituido el antagonismo clásico marxista burguesía – proletariado.

Los propios tupamaros, en su documento interno N° 5 escribían: “Debemos comprender que en nuestro proceso, el nacionalismo no es una mera cobertura teórica para engañar burgueses y capas medias: América Latina puede ser una gran nación: significa una unidad geográfica y económica, cultural y lingüística”. “La nación es el pueblo: asumir el nacionalismo es asumir las tareas históricas de ese pueblo”. “La contradicción fundamental hoy es imperialismo – nación”⁵⁶.

Actitud religiosa

Tal vez una de las mayores novedades de comportamiento social que impulsó en su práctica el MLN, fue la actitud religiosa. En un Uruguay predominantemente anticlericalista e incluso antirreligioso, no parecía haber lugar para la mística. Puede pensarse que la “religiosidad revolucionaria” del MLN respondía de alguna manera a la “importación” del guevarismo, que este fenómeno tendría orígenes externos. Sin embargo, creemos que el origen de esta actitud está en la necesidad y en la búsqueda de compensar la ausencia de una ética social que se consideraba imprescindible para asegurar la propia existencia de la nación.

Carlos Real de Azúa anotaba, a propósito de la ausencia de una ética social en el Batllismo: “Se puede decir que mientras gobernó la primera generación ganada por el limpio ímpetu inicial, la carencia no fue notada. Pero, a medida que los elementos heredo-cristianos se han ido volatilizando de la superficie social, la incapacidad moderna en hacer funcionar en medianos términos de decoro, desinterés, impersonalidad y eficiencia un régimen político-social, se hizo patente también en nuestro país”⁵⁷.

La necesidad de compensar esta ausencia de una ética social y la tendencia anotada anteriormente hacia valores religiosos por parte de los intelectuales, fueron un terreno fértil para recibir el mensaje místico del guevarismo. Después de la muerte de Ernesto Guevara, ocurrida en octubre

⁵⁶ Documento N° 5 MLN 1971

⁵⁷ Real de Azúa, op.cit., p.42

de 1967, su imagen fue asociada persistentemente con la de una suerte de Cristo revolucionario. La Fe en el Hombre Nuevo y la mística revolucionaria no fueron monopolio de la guerrilla tupamara, si bien parecía haber en la sociedad uruguaya fuerzas profundas que la promovían.

En este sentido es revelador el testimonio de un sacerdote francés que estuvo detenido algún tiempo en una prisión uruguaya. A propósito de la actitud de los miembros del MLN que allí estaban, decía: “La gente era sensible al aspecto vivido de esta revelación de Dios en las luchas y las pruebas de un pueblo en marcha. Era así que ellos se sentían de Iglesia”. En una carta que algunos prisioneros habían difundido, explicaban: “El camino que seguimos nos ha sido revelado por cristianos y no cristianos. Otros lo siguen con nosotros. Es un camino cargado de dolor, pero nos ha hecho descubrir y profundizar la vida cristiana. El nos transforma, él nos hace conocer mejor el evangelio”⁵⁸

Antihedonismo – Ascetismo – Austeridad

Parece claro que para quienes dedican su vida a una creación tan inmaterial como el “hombre nuevo”, los placeres cotidianos y el consumo no sean valores relevantes, más aún, es probable que estos se constituyan en obstáculos en el camino elegido. Las inclinaciones consumísticas eran casi el prototipo de las tendencias que el MLN pretendía erradicar entre sus militantes. En el documento interno N° 2 se decía: “Todas las ideas, todos los esquemas mentales (que se trasuntan en hechos) que arrastramos de la vieja sociedad, deben ser combatidos y derrotados por cada uno de nosotros en nosotros mismos”⁵⁹. Y también: “La politización y la austeridad o proletarización en la forma de vida de los combatientes, serán las vallas principales que podremos poner a las deformaciones propias del medio urbano”⁶⁰.

Si puede decirse por un lado que este camino ascético y “cargado de dolor” correspondía al estilo que convenía a la mística revolucionaria, es evidente también que el MLN cuidaba sobremanera que no se supusiera que

⁵⁸ Louis Rouge, *En jouant notre peau*, Paris, les Editions ouvrières, 1975, 118 p.

⁵⁹ Documento N° 2 MLN, enero 1968.

⁶⁰ Documento N° 4 MLN, enero 1969.

las enormes sumas de dinero fruto de las “expropiaciones” servían a otra cosa que a la lucha revolucionaria.

A este respecto dice Alain Labrousse: “Los tupamaros llevan una vida austera en condiciones materiales extremadamente modestas (se ha hablado a veces de ascetismo). El uso del alcohol les está prohibido”⁶¹.

En un sentido más profundo, la austeridad correspondía a una voluntad expresa de buscar la “proletarización”. Este curioso fenómeno perseguía varios objetivos, entre los cuales uno de los más importantes era el de combatir el individualismo, que era poco funcional en una organización jerárquica y eficientista. Sin embargo, existía una razón más poderosa, aunque algo ingenua, para el conjunto de los militantes. Era la idea, adquirida en los textos marxistas, que consideraba al proletariado como la única clase revolucionaria. La importancia que se le daba en el MLN a la proletarización, denunciaba por sí misma el origen mayoritario de la clase media de sus militantes. Ya que resultaba totalmente inútil proletarizar a un proletario. Los militantes, deseosos de ser cada día mejores revolucionarios, perseguían esa imagen mítica del proletario. Probablemente, el primer escalón del hombre nuevo.

Sin embargo, los pocos proletarios uruguayos no eran un motivo de orgullo para los marxistas. El particularismo y el clientelismo en la política uruguaya habían hecho que el proletariado y el subproletariado tuvieran una conducta política (especialmente electoral) fuertemente conservadora.

Por su parte, los militantes del MLN, pertenecientes en su inmensa mayoría a las clases medias, aprendían que la pequeña burguesía no tenía proyecto histórico y era preferentemente contrarrevolucionaria. Enfrentados a ese “pecado original” insostenible, la proletarización se presentaba como una alternativa difícil y sacrificada, pero necesaria.

En el Uruguay el principio “Soy proletario, por lo tanto debo ser revolucionario”, nunca se verificó. En cambio el inverso “Soy revolucionario, por lo tanto debo ser proletario”, fue la norma en el MLN.

⁶¹ Labrousse, op.cit., p.48

Actitud heroica

Es evidente que los individuos que se disponen a ingresar a un movimiento guerrillero no participan de una adhesión muy definida a valores de seguridad. En sí mismas las condiciones de una guerra revolucionaria son suficientemente dramáticas para que no sea necesario insistir en este punto.

En el documento N° 4 del MLN se dice: “Ahora, si tenemos fe y confianza en el pueblo, en nosotros, en nuestras ideas, sólo cabe ir para adelante en una opción de hierro planteada una vez más y ya sabida desde hace mucho tiempo, pero quizás nunca con tanto calor. Esa opción alguien la expresó así: “En las revoluciones, cuando son tales, se triunfa o se muere”⁶².

Aparentemente había entre los militantes del MLN un exceso de fervor que valió una crítica a “la pose guerrillera que desvaloriza vanidosamente todo lo demás, todo lo que no sea dar tiros o realizar grandes acciones. Es la tendencia a creer que constituimos el monopolio del coraje”⁶³.

En esta actitud heroica había mucho de autocomplacencia y de considerarse “las reservas morales más preciosas de la patria”⁶⁴, mucho de postura aristocrática que despreciaba la mezquindad más o menos institucionalizada por las prácticas clientelísticas y la corrupción.

Universalismo

En oposición al particularismo predominante en la sociedad uruguaya, el MLN desarrolló una práctica con criterios universalistas. Más aún, sus objetivos ideológicos eran claramente universales. La construcción de un estado-nación igualitario y el socialismo como sistema socioeconómico. “Patria para todos” era el slogan más difundido del MLN. Este universalismo fue consecuentemente aplicado en el interior de la organización. En “Actas tupamaras” se insistía: “Los organismos de dirección son colegiados, no hay

⁶² Documento N° 4 MLN.

⁶³ Documento N° 2 MLN.

⁶⁴ “Los tupamaros al pueblo oriental”, octubre 1970.

“vacas sagradas”, los riesgos y las penurias son iguales para todos. Los dirigentes van a la acción, no queremos teóricos puros”⁶⁵.

El principio más caro a la organización era que nadie debía ser excluido y que nadie debía recibir privilegios que no fueran válidos para todos. “Patria para todos o para nadie”.

VI) CRISIS DE LOS PARTIDOS TRADICIONALES Y MLN

En la segunda mitad de la década del 60, en un libro dedicado al fenómeno guerrillero en América Latina, Luis Mercier – Vega escribía: “Sin duda el Uruguay es el país donde el volumen de papel consagrado a las guerrillas es el más considerable, si bien que podemos dudar con razón de que haya habido jamás en este país cualquier veleidad de crear otra cosa que clubes de discusión sobre la acción armada revolucionaria”⁶⁶.

Aparte de la poca fortuna del diagnóstico, es interesante observar que el Uruguay tenía reputación de ser un país donde “nunca pasaba nada” y donde el verbalismo era una especie de manía nacional. Estas características traducidas a la política tradicional, significaba muchos discursos en actos partidarios y una total incapacidad de propuestas y cambio. La crisis económica que se desató a partir de la década del 50 no produjo respuestas políticas eficaces, sólo sirvió para evidenciar y acentuar la crisis interna de los partidos tradicionales. Estos partidos habían construido unas estructuras políticas que impedían todo cambio y que tendían a su progresiva fragmentación en pequeñas agrupaciones, unidas tan sólo por la ley electoral. En este contexto se fue generando un proceso de alienación política que produjo cinismo político, violencia social y movimientos antisistema.

El estilo de los partidos tradicionales en su período de crisis se caracterizó entonces por un verbalismo intrascendente y por una acentuada ineficacia para localizar y resolver los problemas del país. Una consecuencia de esta decadencia fue una corrupción administrativa generalizada, de un grado desconocido hasta entonces en el Uruguay.

⁶⁵ MLN (Tupamaros) *actas tupamaras*, Buenos Aires, Editorial Schapire, 1971, 255 p.

⁶⁶ Luis Mercier – Vega, *Technique du contre Etat*, Paris, Ed. Pierre Belfond, 1968, 255 p. p. 173

Los movimientos antisistema, productos del proceso de alienación política generado por esa crisis partidaria, fueron alentados e integrados por sectores sociales que no se reconocían en las prácticas políticas vigentes y que las enfrentaron con hostilidad.

Al decir de Carlos M. Rama, “no solamente las clases o grupos ocupacionales son arruinados por la crisis, también las ideas y las instituciones que se vinculan a cierta parte del viejo Uruguay”⁶⁷.

Como respuesta al verbalismo, ineficiencia y corrupción que derivaron de la crisis de los partidos tradicionales, los movimientos antisistema fueron, como regla general, antiverbalistas, eficientistas y moralistas.

En el documento interno N° 1 del MLN se consideraba bajo el subtítulo “Factores o hechos reales básicos que condicionan la estrategia nacional”, la crisis política del Uruguay. En él, el MLN definía la crisis política en los siguientes términos:

“a) Incapacidad por parte de las clases dominantes para dar una solución a la crisis. b) Incapacidad de los partidos políticos de la oligarquía para gobernar al país y solucionar sus problemas. c) División, crisis internas y corrupción en ascenso de los partidos políticos de la oligarquía”⁶⁸.

Las prácticas del MLN, diametralmente opuestas a las de los partidos tradicionales, surgían en buena medida como necesidad de supervivencia para la organización. El crecimiento de la guerrilla estaba condicionado a la captación de los sectores descontentos con el régimen político. Por la lógica de la alienación política, la adhesión a la organización revolucionaria se daría si existía la percepción de que esa organización revertiría “la relación de insatisfacción con relación al sistema”⁶⁹.

Según David C. Schwartz, la identificación con una organización revolucionaria es función de ciertos factores combinados.

- 1) La percepción de que la organización revolucionaria es menos amenazadora que el sistema político y otros antisistemas, en función de una relación individuo – organización más favorable.

⁶⁷ Rama, op.cit. p.41

⁶⁸ Documento N° 1 MLN, junio 1967

⁶⁹ Schwartz, op.cit. p.201

- 2) La percepción de que la organización revolucionaria será un medio eficaz de alcanzar objetivos políticos valiosos para el individuo.
- 3) La percepción de que la organización revolucionaria hará del individuo un actor político más efectivo⁷⁰.

Este aspecto del problema había sido anotado en un documento interno del MLN, en el cual se decía: “El pueblo realmente desconforme con las injusticias del régimen y que desea un cambio, optará mucho más fácilmente por el camino directo que encarna la organización armada y por su acción revolucionaria, que por el improbable y remoto camino que se le ofrece por medio de proclamas, manifiestos o acción parlamentaria”⁷¹.

En este sentido el rechazo al verbalismo fue una de las peculiaridades notorias del MLN. La función de este antiverbalismo fue preservar la eficiencia de la organización. En el plano interno aseguraba la cohesión de individuos y grupos de diversos orígenes ideológicos (era un principio del MLN: “la acción nos une, las palabras nos separan”) y en el plano externo se oponía al verbalismo estéril de los políticos tradicionales.

En “Actas tupamaras”, el MLN puntualizaba: “primero fue la acción, la práctica, y luego fue la teoría. Desde ese momento decidimos que la sobriedad debía pautar nuestra conducta política como reacción contra el verbalismo, pero también como forma de interpretar y expresar el sentir de nuestro pueblo, ya cansado de promesas, enunciados y propósitos que nunca se cumplieron”⁷². “En lugar de palabras revolucionarias, nosotros proponemos hechos revolucionarios”⁷³.

La búsqueda de la eficiencia, que privilegiaba la práctica sobre la teoría y la acción sobre la polémica, terminó por alterar otros equilibrios más relevantes. El centralismo se impuso a la democracia y lo militar predominó sobre lo político.

El MLN, que había adoptado el concepto leninista de “centralismo democrático” en su organización, descubría que la democracia interna era poco

⁷⁰ Op. cit.

⁷¹ Documento N° 1 MLN

⁷² Actas tupamaras, op.cit.

⁷³ Documento N° 3 MLN, mayo 1968

compatible con el grado de eficiencia que se pretendía. La dirección del MLN anotaba: “en el momento actual debe predominar en el movimiento el centralismo sobre la democracia. ¿Por qué? Porque somos un movimiento en plena lucha contra un enemigo poderoso, perseguido, que debe por necesidad vital ejecutar prestamente”⁷⁴.

El centralismo, la disciplina y la búsqueda de eficiencia promovían internamente hacia los cargos de mayor responsabilidad en el MLN a los individuos con un mínimo de espíritu crítico y un máximo de obediencia y fidelidad a la organización. Este problema comenzó a hacerse sentir agudamente cuando, desmantelado el comité ejecutivo inicial, tuvo que asumir las funciones de dirección un grupo de individuos formados en ese contexto. El dogmatismo, la rigidez, el militarismo y la miopía política se hicieron evidentes. El MLN comenzó a perder las características que lo habían diferenciado de otros movimientos guerrilleros en América Latina. Cada vez había menos “elegancia” y astucia, y más violencia lisa y llana.

La búsqueda de la eficiencia fue una preocupación casi obsesiva del MLN. La organización se complacía en oponer los logros obtenidos en ese sentido a la inmovible incapacidad política de los partidos tradicionales.

Otro tema que el MLN usó como elementos de primer orden en su campaña contra el régimen fue la corrupción. En ese aspecto la década del 60 en Uruguay fue particularmente generosa. Un amplio sector de la clase política tradicional estaba comprometido en maniobras más o menos cuantiosas de especulación, fraude, estafas y contrabando. En el mes de febrero de 1969, un comando del MLN sustrajo documentos y libros de contabilidad de un establecimiento parabancario (financiera Monty). En ellos constaban operaciones ilegales en donde estaban comprometidos ministros y líderes políticos del partido de gobierno. Las listas con los nombres de las personas comprometidas, así como fotocopias de los documentos fueron ampliamente divulgados. Un conjunto de documentos y pruebas de los fraudes consumados fueron enviados por los tupamaros directamente al juez que entendía en el caso.

⁷⁴ Documento N° 2 MLN

En parte para diferenciarse del contexto político dominante y en parte por la persistente actitud religiosa que ya señalamos, el MLN evidenciaba en su comportamiento un fuerte puritanismo. Una serie de normas y principios morales estaban explicitado abundantemente en documentos internos y reglamentos. En el artículo 28 del reglamento del MLN se establecía que “será motivo de sanción...la falta de honestidad y sinceridad; la difusión de calumnias; la crítica fuera de los organismos correspondientes; la disolución de costumbres; la indiscreción, los vicios; la traición...”

El llamado Reglamento moral, en cambio, estaba dirigido principalmente a cuidar que las acciones del MLN no tuvieran un efecto político negativo. En el punto de las “expropiaciones” se insistía que debía distinguirse entre la “propiedad burguesa” y la propiedad de los trabajadores, pequeños comerciantes y productores. Se añadía que en el caso que, por fuerza mayor, se vieran obligados a utilizar dinero o bienes de propiedad de estos últimos, debían preverse mecanismos de reintegro.

Este código moral prohibía expresamente la ejecución de actos terroristas que afectaran personas indiscriminadamente. Se señalaba asimismo que en la eventualidad de la realización de un sabotaje político, debían tomarse precauciones especiales para no afectar vidas humanas.

En resumen, podríamos decir que el MLN utilizó a los partidos tradicionales y especialmente las consecuencias más visibles de la crisis interna de estas agrupaciones, a manera de un “antimodelo”, del cual trató de diferenciarse y oponerse en términos de imagen y prácticas. Enfrentado a un régimen que combatía por su ineficiencia y corrupción, el MLN debía ofrecer a cualquier precio una alternativa eficientista y moralizante para mostrarse a los sectores descontentos con el régimen, como la organización que “revertiría la relación de insatisfacción con respecto al sistema”

VII) EFICIENTISMO Y CRISIS DEL MLN

Habíamos visto que en la búsqueda de eficiencia y por condicionamientos organizacionales, el MLN privilegiaba la práctica sobre la teoría y la acción sobre la polémica. Estas tendencias se traducían en el plano

interno por el predominio del centralismo sobre la democracia y el mayor peso de los aspectos militares sobre los políticos.

Esta inclinación, que comenzó a evidenciarse con más claridad en el año 1969, no tuvo sin embargo consecuencias graves mientras la dirección “histórica” permaneció en su puesto. Esta dirección original estaba compuesta por Raúl Sendic y otros fundadores de la organización que, con su vasta experiencia política y sindical, compensaban las desviaciones y pérdidas de equilibrio que el funcionamiento del aparato militar tupamaro tendía a producir.

En el documento interno N° 2 se aclaraba, después de señalar la importancia práctica del centralismo, que “la democracia interna, más que una cuestión formal es una actitud de la base y de la dirección”. En un lenguaje más directo significaba que el grado relativo de democracia interna dependía de la actitud del comité ejecutivo. En adelante, demasiados puntos vitales pasaron a depender de la dirección central, más aún, de ciertos individuos que la integraban. La democracia interna, la primacía de lo político, el contacto con la realidad, parecían residir no en la organización sino en algunos miembros de la cúpula. Este equilibrio precario entre la lógica del aparato militar y la dirección, se quebró abruptamente en el mes de agosto e 1970 cuando el comité ejecutivo cayó en pleno, después del secuestro del funcionario norteamericano Dan Mitrione. El MLN logró recomponerse en el plano organizativo, una dirección de reemplazo tomó el lugar de la antigua y aseguró la continuidad del movimiento; sin embargo, la organización ya no volvió a ser la misma. La crisis de liderazgo que sobrevino alteró su homogeneidad interna y se produjo un fraccionamiento de cierta importancia. Pero lo más decisivo fue, al decir de Régis Debray, el entronizamiento de la línea “Samurai”⁷⁵.

La tendencia militarista, creada naturalmente por una organización que promovía, en su afán de eficiencia, los individuos menos críticos y más devotos y disciplinados, quedó liberada de toda censura y control “democrático y político”. La nueva dirección tenía evidentes carencias en su capacidad de análisis político; sumado a ello el mayor grado de centralismo, se acompañaba de una creciente dificultad para percibir la realidad. La organización que se

⁷⁵ Régis Debray, *La critique des armes*, tomo II, *Les épreuves du feu*, Paris, Ed. du Seuil, 1974, 381p., p.185

había distinguido en América Latina por su prudencia, “elegancia” y flexibilidad, abría paso a un movimiento militarista, autoritario y violento.

En setiembre de 1971 una fuga masiva permitió recuperar su libertad a los miembros de la dirección “histórica” del MLN. Sin embargo, durante varios meses este grupo estuvo dividido en diferentes locales de la organización en Montevideo y el interior del país, ocupándose de tareas subordinadas o fuera de toda actividad. A principios del año 1972, la “dirección de reemplazo” había aprobado un plan de hostigamiento directo a las fuerzas armadas que significaba un “salto” en las acciones militares y en el enfrentamiento armado. En marzo se realizó una convención del MLN donde se enfrentaron las dos tendencias. En medio de un clima de tensión y conflicto, se decidió la reubicación de la dirección “histórica”, nuevamente en el comité ejecutivo.

En ese momento se produjo una escalada de violencia inusitada por parte de la organización dentro del contexto del “plan 72”, el día 14 de abril, a través de múltiples atentados contra integrantes de un grupo paramilitar de represión. Las fuerzas armadas respondieron el mismo día con una serie de procedimientos que dieron un golpe durísimo a la organización. A partir de ese momento, el MLN pareció perder capacidad de respuesta y, en un plazo de aproximadamente cinco meses, fue desmantelado totalmente.

Esta derrota en tan breve lapso de una organización que parecía estar en el mes de abril de 1972 en la plenitud de su poderío, causó una explicable sorpresa. Esta fuerza, sin embargo, era sólo aparente. A principios de 1972 la organización atravesaba la crisis interna más profunda de su historia. En momentos en que se aprestaba a ejecutar un plan que exigía una cohesión interna total y una afinación perfecta entre sus partes, se producía un cambio de cúpula que implicaba, durante cierto lapso de transición, la existencia de dos direcciones paralelas. Puede decirse que la elección del momento de la ofensiva fue la peor posible.

La búsqueda de la eficiencia condenó al MLN en más de un aspecto. El centralismo, necesario para “ejecutar prestamente”, produjo por un lado una centralización sumamente riesgosa del servicio de información de la organización. Cuando, más tarde, los archivos de este Servicio cayeron en manos de las fuerzas armadas, éstas disponían de un conjunto tan grande de informaciones que transformaban la liquidación del MLN simplemente en una

cuestión de tiempo. El centralismo y el verticalismo consecuente, producían un flujo de comunicación unidireccional, de manera que la dirección no se nutría de las opiniones y evaluaciones de los demás militantes. Los cuadros intermedios normalmente reforzaban la dimensión imaginaria en que vivía el comité ejecutivo. La dirección había perdido la capacidad de evaluar correctamente las fuerzas de su enemigo y tenía graves dificultades para evaluar acertadamente las propias.

El “plan 72” decía: “Debemos pasar a través de un plan concreto al hostigamiento directo y sistemático de las fuerzas represivas como modo principal de acción”. Después de las elecciones de 1971, el comité ejecutivo consideraba que “A esta altura del proceso, la masa que se podía ganar ya se ganó”. En consecuencia, debía provocarse un “salto cualitativo” que implicaba la perspectiva de toma del poder “a mediano plazo”. Para lograr ese objetivo, decía el documento, “tenemos que derrotar a las FFAA. Se plantea un ataque sistemático y selectivo contra las mismas”.

La conclusión de este documento era muy ilustrativa. Después de plantear la necesidad del “salto cualitativo” decía: “Este pasaje debe estar calculado con precisión militar. Debemos tener nuestro Día “D”⁷⁶.

En el documento N° 2 del MLN, elaborado en enero de 1968 por la dirección “histórica”, se anotaba: “la prudencia ha sido una de nuestras mejores virtudes. Podrá parecer demasiado largo 5 años como tiempo de preparación, elaboración, fortalecimiento. Sin embargo, hay experiencias lamentables que no podemos perder de vista de lo que significa la falta de prudencia, la impaciencia, el “embalaje”. ¿Cuántas organizaciones como la nuestra han caído víctimas de un error de cálculo para no volverse a levantar?”⁷⁷.

Y en el documento N° 4 de enero de 1969, se agregaba: “ Si no contamos con el pueblo deberemos enfrentar los aparatos represivos solos, mano a mano, como ellos. Ese pleito lo perdemos”⁷⁸.

Estas dos actitudes no eran meramente el resultado de la existencia de una dirección “histórica” de “sabios ancianos” y otra de “malos militaristas”.

⁷⁶ MLN. Informe del secretariado ejecutivo al comité central. Marzo 1972

⁷⁷ Documento N° 2 MLN

⁷⁸ Documento N° 4 MLN

Existía como telón de fondo el peso poderoso de los condicionamientos organizacionales que ya se hacían notar en el mismo documento N° 4 de enero de 1969: “Al crecer hemos cambiado, generando nuestra propia dinámica, nuestras propias y nuevas contradicciones, nuestras propias y nuevas necesidades (por ejemplo, antes podíamos decidir actuar o no actuar de acuerdo a nuestra conveniencia. Ahora, querámoslo o no, hemos contraído compromisos que debemos respetar y asumir a veces indefectiblemente)”⁷⁹.

La diferencia esencial entre las dos tendencias era que la dirección “histórica” había formado el MLN, mientras que la dirección “nueva” había sido formada por el MLN. Creada con una doble función político-militar, la organización en sí misma se especializó como aparato militar, dejando la función política en manos del comité ejecutivo que evaluaba, pensaba y proponía por ella. Pero al mismo tiempo este aparato militar iba creando los individuos adaptados a sus propias necesidades estructurales. Creaba soldados, no políticos.

En agosto de 1970 fue sustituida una dirección de políticos por una dirección de soldados. Las consecuencias de esta mutación iban a verse con claridad el 14 de abril de 1972.

CONCLUSIÓN

El Uruguay “batllista” era portador de ciertas “fallas” fundacionales que fueron haciéndose evidentes en el largo plazo. La ausencia, dentro de su ideología de un conjunto de valores nacionales explícitos y el mantenimiento de las estructuras agrarias tradicionales, fueron la “herencia” más pesada de este movimiento. Un país que no había resuelto su problema nacional, que era de hecho un país en dos partes, una blanca y otra colorada, tenía, casi instintivamente al acuerdo y al compromiso. De esta necesidad surgía naturalmente la “coparticipación”, ritornello histórico del Uruguay. Esta coparticipación asumió diversas formas a través del tiempo; en el período post-

⁷⁹ Documento N° 4 MLN

batllista se transformó en el reparto de los puestos públicos entre los dos partidos principales. En todos los casos, la coparticipación significaba el sacrificio del cambio. El modelo “moderno” de coparticipación tuvo, como consecuencia, un crecimiento desmesurado de la burocracia estatal en la medida en que esta era utilizada como fuente principal de padrinazgo político. Las empresa del estado cumplían la función de absorber la mano de obra desocupada en los otros sectores, lo que aseguraba la paz social y el bipartidismo.

La “institucionalización” de las prácticas clientelísticas tuvo graves consecuencias en las estructuras y funciones partidarias. La orientación particularista y la fragmentación producida por la estructuración de los partidos en pirámides clientelísticas, con pérdida de las instancias de democracia interna, redundó en una evidente incapacidad de propuesta y de elaboración de programas de gobierno.

El clientelismo, apoyado en ciertos valores sociales uruguayos y en la “impunidad” política que aseguraba una identificación partidaria incommovible, promovió un fenómeno de corrupción administrativa muy notable, principalmente a partir de la década del 60.

La incapacidad de cambio en medio de la crisis y la corrupción fue creando un divorcio paulatino entre la sociedad y el sistema político. Esa separación fue, aparentemente, poco amenazadora para los partidos en el gobierno en tanto que no afectaba la adhesión electoral. El “voto despolitizado” era, en cierta manera, un reaseguro de la estabilidad política. Sin embargo, la alienación política crecía y a las mayorías en situación de “inferioridad y externalidad” le siguieron amplios sectores sociales que iban constituyéndose en polos de aversión y subversión.

Puede decirse que la crisis del “Uruguay batllista” y de sus partidos tradicionales, fue la fuente generadora principal de la “subversión” (MLN y movimiento militar). Pero de la misma manera que este “Uruguay batllista” fue responsable del crecimiento del MLN, también fue responsable de los límites de ese crecimiento. Este Uruguay no era solamente el país de la ineficiencia política y la corrupción, era también el país del nacionalismo tímido, del particularismo y por sobre todas las cosas de una adhesión incondicional a valores de seguridad.

Cuando el MLN apareció en escena, poca gente confiaba que un cambio efectivo podía ser llevado a cabo por los partidos tradicionales. La posibilidad de transformación por intermedio de otros partidos era remota, pues los votos de todos los partidos menores sumados no alcanzaban al 10% del electorado. Pensar seriamente en la posibilidad de que la lucha armada pudiera desarrollarse con intensidad en Uruguay, era poco menos que imposible. Sin embargo, el MLN consiguió el apoyo o la simpatía de amplios sectores de la sociedad. En poco tiempo cosechó más opiniones favorables que toda la izquierda legal reunida. Ciertos sectores, numerosos, de los partidos tradicionales, veían el movimiento con una moderada simpatía. Pero la simpatía no hacía ganar ninguna batalla.

La sociedad uruguaya aplaudía o reprobaba las acciones tupamaras y enseguida volvía a sus preocupaciones personales hasta que algún tiempo después otro hecho relevante, protagonizado por el MLN, se hacía merecedor de su aprobación o su condena. La organización tupamara podía tener razón en denunciar la corrupción y la incapacidad de los políticos tradicionales, poca gente intentaba defenderlos. Sus propuestas nacionalistas y su voluntad de cambio eran propósitos valiosos. La organización podía tener una actitud heroica. La sociedad no la tenía.

La sociedad permanecía con sus valores tradicionales de seguridad y con sus prácticas particularistas. Estaba de acuerdo con la necesidad de un cambio, aplaudía una propuesta radical y novedosa como la del MLN. Pero su cambio personal lo conseguiría siempre más fácil y menos dramáticamente por la intermediación política, por ese dirigente que siempre se había mostrado dispuesto a hacerle una "gauchada".

La alienación política fue sin duda una fuente de sostén revolucionario. Pero es necesario tener en cuenta que mientras había grandes sectores sociales en una situación de inferioridad o externalidad con respecto del sistema político, era sólo una minoría la que manifestaba activamente su adhesión a un contrasistema.

El MLN se nutrió de esta minoría, jóvenes universitarios o empleados en casi su totalidad. Este sector le permitió crecer rápidamente hasta un cierto límite. A partir de ese límite eran inútiles las grandes acciones, los despliegues técnicos, la propaganda. Se llegaba a un umbral que no se podía trasponer.

La sociedad enquistaba a la organización en un reducido espacio de apoyo efectivo. El MLN estaba aprisionado en un “cerco” social que no podía romper porque estaba formado de valores sociales que ninguna organización podía modificar. Alrededor del MLN se levantaba la cultura uruguaya. El apoyo real era mínimo. Lo demás eran aplausos o críticas que llegaban desde la platea, desde afuera. El MLN se había integrado al paisaje. En adelante la alternativa era repetirse hasta ser olvidados o aventurarse en territorios imposibles, suicidas.

Esta opción había sido percibida por la dirección del MLN que concibió el “plan 72”. “La masa que se podía ganar ya se ganó”, decía en sus considerandos. Curiosa constatación de debilidad en una organización que estaba en su apogeo. Tardíamente se descubría que “el pueblo” no se podía ganar en esas condiciones para la lucha armada. El 14 de abril de 1972 los tupamaros iniciaron una guerra que estaba perdida de antemano. La elección desafortunada del momento de la ofensiva sólo hizo que la derrota fuera más rápida. Enfrentarse “mano a mano” con las fuerzas armadas era considerado por la propia organización (Documento N° 4), como un “pleito perdido”.

El desmantelamiento del MLN abrió el camino político a las Fuerzas Armadas. Buscando los “orígenes de la subversión”, se encontró muy rápidamente con el parlamento. Después del MLN, el ejército persiguió y desmanteló al Partido Comunista, de existencia legal hasta entonces. Más tarde fue el turno de las demás personalidades y organizaciones políticas. El golpe militar de 1973 acabó con la democracia uruguaya pero no con sus problemas. No terminó con la decadencia económica ni modificó las estructuras agrarias, a pesar del verbalismo reformista de sus primeras proclamas.

El golpe de estado fue la “segunda muerte” del Uruguay batllista. La década del cincuenta había asistido al agotamiento total del programa batllista. El golpe militar destruyó sus instituciones.

Los valores sociales de este Uruguay permanecieron. Estos valores y la alienación política impulsaron el apogeo y la decadencia del MLN. Los mismos factores tuvieron un papel más generoso para el proyecto militar. Una organización guerrillera no sobrevive con aplauso y ajenidad. Un proyecto militar es todo lo que precisa.

Actualmente, once años de un gobierno militar que no consiguió aportar soluciones a los problemas más graves del país, han desembocado en un retorno a la democracia a través de la realización de elecciones generales en el mes de noviembre de 1984. Puede decirse que la historia contemporánea uruguaya ha asistido al fracaso de tres “ideas de país”, de tres “nacionalismos” fragmentarios. El primero, el viejo modelo de país tradicional, con un nacionalismo verbalista y raquítico, apoyado siempre en las muletas de la coparticipación, no está en condiciones de sustentar una democracia durable en el futuro. El “nacionalismo revolucionario” que impulsó el MLN era, a pesar de su “Patria para todos”, un nacionalismo conspirativo y antidemocrático, simétrico de la ideología militar. Donde Partidos tradicionales = Oligarquía = Imperialismo norteamericano, formaban un todo inseparable e ineludible. Desde la derecha, las fuerzas armadas proponían el nacionalismo conspirativo homólogo resumido en Partidos – Movimientos de izquierda – Parlamento = Subversión = URSS – comunismo internacional.

Los pronósticos para la futura democracia uruguaya pueden llegar a ser sombríos si no surge en los próximos años una nueva “idea de país” que se sustente en todos los partidos políticos y que permita que quien llegue al gobierno pueda hacer de su “política de partido”, una verdadera política nacional.

BIBLIOGRAFÍA

Uruguay

1. Ares Pons, Roberto, La intelligentsia uruguaya y otros ensayos, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1987, 87 p.
2. Benedetti, Mario, El país de la cola de paja, 8ª ed., Montevideo, Arca, 1970, 196 p.
3. Bruschera, Oscar. Los partidos políticos tradicionales. Evolución institucional del Uruguay en el siglo XX, Montevideo, Ediciones del Río de la Plata, 1966, 72 p.
4. Campiglia, Néstor, Los grupos de presión y el proceso político, Montevideo, Arca, 1969, 232 p.
5. Calatayud Bosch, José, Grandeza y decadencia del Partido Nacional, Montevideo, Liga Federal, 1971, 200 p.
6. Faraone, Roque, El Uruguay en que vivimos (1900 – 1968), Montevideo, Arca, 1970, 152 p.
7. Fasano Mertens, Federico, Después de la derrota, México, Ed. Nueva Imagen, 1980, 354 p.
8. Finch, Henry, Historia Económica del Uruguay contemporáneo, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1980, 280 p.
9. Graceras, Ulises, Los intelectuales y la política en el Uruguay, Montevideo, El País, 1970, 150 p.
10. Jellinek, Sergio – Ledesma, Luis, Uruguay: del consenso democrático a la militarización estatal, Stockholm, Institute of Latin American Studies, 1979, 90 p.
11. Kaufman, Edy, Uruguay in transition: from civilian to military rule. New Brunswick, N.J. Transaction books, 1979, 126 p.
12. Lindahl, Goran, Uruguay's new path, a study in politics during the first colegiado, 1919 – 1933, Stockholm, Library and Institute of Ibero – American studies, 1962, 369 p.
13. Louis, Julio A., Apogeo y muerte de la democracia burguesa, Montevideo, Nativa Libros, 1969, 208 p.
14. Rama, Carlos, Uruguay en crisis, Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1969, 144 p.
15. Rama, Germán, El club político, Montevideo, Arca, 1971, 141 p.
16. Real de Azúa, Carlos, El impulso y su freno, tres décadas de batllismo, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964, 112 p.
17. Rouquié, Alain, L'Uruguay de M. Pacheco Areco à M. Bordaberry. Les élections de novembre 1971 et les débuts de la présidence Bordaberry, Paris, La Documentation Française, 1973, 35 p.
18. Solari, Aldo, Estudios sobre la sociedad uruguaya (I), Montevideo, Arca, 1964, 178 p.
19. Trías, Vivián, Uruguay hoy, crisis económica, crisis política, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1973, 95 p.
20. Universidad de Montevideo, Instituto de Economía, Uruguay, Estadísticas básicas, 1969, 176 p.
21. Vanger, Milton, José Batlle y Ordóñez of Uruguay, the creator of his times, 1902 – 1907, Cambridge, Harvard University Press, 1963, 320 p.
22. Vanger, Milton, El país modelo, José Batlle y Ordóñez, 1907 – 1915, Montevideo, Arca – Ediciones de la Banda Oriental, 1983, 403 p.
23. Weinstein, Martin, Uruguay, the politics of failure, London, Greenwood Press, 1975, 190 p.

Alienación Política

1. Lavau, Georges, *Radicalisme politique et alienation politique*, Paris, FNSP (Fondation Nationale des Sciences Politiques), Centre d'étude de la vie politique française, 1973, 32 p. Multigr.
2. Schwartz, David, *Political alienation and political behaviour*, Chicago, Aldine, 1973, 286 p.
3. Zwetkoff, Catherine, *Aspirations, performances and political alienation*, Liège, Université de Liège, 1978, 23 p.

MLN (Tupamaros)

1. Debray, Régis, *La critique des armes*, tomos I y II, Paris, Ed. du Seuil, 1974, 1. 1974, 323 p.
2. Flouret, Michèle, *La guerrilla en Hispanoamérica*, Paris, Masson, 1976, 119 p.
3. Gilio, María Ester, *La guerrilla tupamara*, La Habana, Casa de las Américas, 1979, 251 p.
4. Indal, *Documentación propia*, Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), Caracas, 1973, 311 p.
5. Kohl, James – Litt, John, *Urban guerrilla warfare in Latin America*, Cambridge, the MIT Press, 1974, 425 p.
6. Labrousse, Alain, *les Tupamaros*, París, Ed. Du Senil, 1971, 206 p.
7. MLN (Tupamaros), *Actas tupamaras*, Buenos Aires, Editorial Schapire, 1971, 255 p.
8. Martínez Anzorena, G., *Los tupamaros*, Mendoza, Editorial La Tecla, 1970, 28 p.
9. Mercader, Antonio – Vera, Jorge de., *Tupamaros: estrategia y acción*, Montevideo, Alfa, 1969, 176 p.
10. Porzecanski, Arturo, *Uruguay's Tupamaros, the Urban guerrilla*, New Cork, Praeger Publishers, 1973, 80 p.
11. Rouve, Louis, *En jouant notre peau*, Paris, Les Editions Ouvrières, 1975, 118 p.
12. Uruguay, *Comando General del Ejército, Testimonio de una nación agredida*, Montevideo, 1978, 198 p.
13. Uruguay, Interior (Ministerio del), *Siete meses de lucha antisubversiva*, Montevideo, 1972, 388 p.
14. Uruguay, *Junta de Comandantes en Jefe, El proceso político: las fuerzas armadas al pueblo oriental*, Montevideo, 1978, 746 p.

Obras de referencia

1. Alisky, Marvin, *Uruguay: a contemporary survey*, New Cork, Praeger 1969, 174 p.
2. Lamieux, Vincent, *Le patronage politique: une etude comparative*, Québec, Presses de l'Université Laval, 1977, 232 p.
3. Lipset, Seymour, Solari, Aldo, comp. *Élites y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1967, 514 p.
4. Mercier – Vega, Luis, *Technique du contre – Etat*, París, Ed. Pierre Belfond, 1968, 255 p.
5. Rouquié, Alain, *L'Etat militaire en Amérique Latine*, Paris, Ed. Du Senil, 1982, 475 p.
6. Silvert, Kalman, Ed. *Expectant peoples, Nationalism and development*, New Cork, Random House, 1963, 490 p.

Periódicos

Marcha (Montevideo) Semanario, 1966 - 1973